

10332

El

Sol de Invierno.

Marzo

170
Legajo 3
Letra 8.

S. M. M. M.

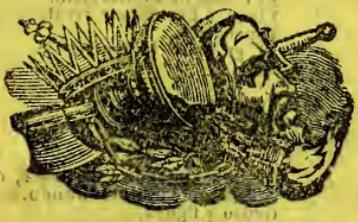
EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL SOL DE INVIERNO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

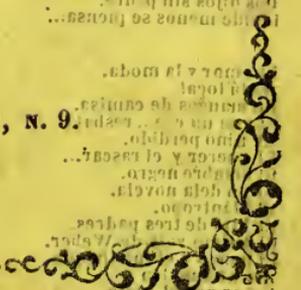
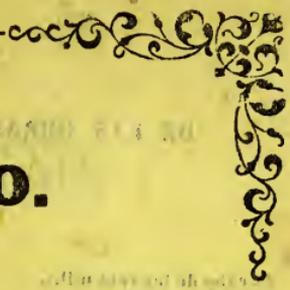
SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1862.



CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por articulo.

Ronito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Ba talla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas
africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El gr to de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernand
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Las ecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduguesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL SOL DE INVIERNO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSE MARCO.

Representada por primera vez con gran éxito en el teatro del
Príncipe de esta córte, el día 8 de Noviembre de 1860.

SEGUNDA EDICION.

*Al joven, estudioso y seductor Emilio Mario
en prueba de eterno cariño y justa
admiración*



José Marco

MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAJES.

ACTORES.

ELVIRA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
MARIA.....	ADELA ALVAREZ.
GASPAR.....	D. PEDRO DELGADO.
ALBERTO.....	JUAN CASAÑER.
UN CRIADO.....	MANUEL VERA.

La acción se supone en Madrid y en casa de Alberto. Año de 185.....

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI QUERIDA ESPOSA

LA SEÑORA

D.^a MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Tú, mi amada Maria, me has hecho pensar en esta sencilla obra: tu dulce é inalterable bondad, tu suave y encantadora virtud, tu constante y solícita ternura para embellecer la vida, son el hermoso y benéfico *Sol de Invierno* que inunda á mi corazon de una incesante y envidiada alegría.

En nadie, como en tí, he visto reunidas mayor sensibilidad y mas grande fortaleza para sobrellevar y disminuir los dolores de la existencia: nunca un talento tan sublime como el tuyo ha sabido descender á mas árduos y previsores cuidados domésticos: jamás madre alguna ha escrito para sus hijos libros mas bellos, útiles y consoladores que los que mi hija debe á tu pluma angelical y santa.

He querido pintar en la esposa de *Alberto* algunas de tus nobles cualidades: algunas nada mas, porque juzgo imposible copiar á los seres, en quienes el Eterno ha derramado, tan prodigiosamente como en tí, los dones de su bondad.

Estoy convencido de que mi produccion vale poco, y de que el entusiasmo con que la ha recibido el público se debe principalmente á su buen desempeño; si, me complazco en reconocerlo: la

Sra. Lamadrid, con ese admirable talento, con esa intuición que la hace adivinar y embellecer el pensamiento del poeta; el Sr. Delgado, ese actor simpático é inteligente, que, en medio de sus pocos años se ha conquistado tan envidiable sitio en nuestra escena; la Sra. Alvarez, con su bella figura y dulce decir, y por último, el señor Casañer, con su naturalidad y expresión, han dado vida á mis pobres versos; pero tú admitirás mi obra, no por su mérito, sino porque á tu lado, inspirándome con tu presencia y siempre pensando en tí la he llevado á cabo, y porque te la ofrece hoy, como un débil testimonio de cariño y agradecimiento, tu amante esposo,

Pepe.

Madrid 9 de Noviembre de 1860.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con elegancia y gusto. Puerta al fondo y laterales en primero y segundo términos.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, MARIA.

Al levantarse el telon, aparecen ambas sentadas junto á dos veladorcitos colocados uno á cada lado de la escena. Maria trabaja en una labor de tapiceria. Elvira estará leyendo.

MARIA. Vamos, calla y no prosigas;
en vano, hermana, te esfuerzas
en probarme las ventajas
de tu conyugal sistema.

ELVIRA. Pues mira, tú te lo pierdes.

MARIA. Pero, mujer... ¡Ay, qué terca!
¿Conque segun tu opinion
mi marido, aunque no quiera,
ha de estar siempre á mi lado,
hecho un estatua, un babeiaca,
sin que pueda respirar
si yo no le doy licencia?
Vamos, eso es un absurdo...

ELVIRA. Deten, hermana, la lengua
y no ultrajes el talento
de hombres sabios que aseveran

- MARIA.** Elvira, los hombres sabios
que vierten tales ideas,
ó llevan segundas miras
ó ignoran lo que se pescan.
- ELVIRA.** ¡Esto mas! ¡Pero qué extraño
que pienses de esa manera
si nunca coges un libro
y de aprender te desdeñas?...
- MARIA.** No dices verdad, hermana,
un buen libro me deleita,
y en ocasiones distintas
he sido yo la primera
en admitir sus lecciones
y ensalzarte sus bellezas;
mas no me dejo arrastrar
por esas locas ideas,
vertidas por mas de cuatro
zurcidores de novélas,
que, perdona te lo diga,
te trastornan la cabeza.
- ELVIRA.** Pues tú, que la tienes sana,
vas caminando derecha
hácia un hondo precipicio.
- MARIA.** De él me salva la experiencia,
que de la ciencia es la madre.
- ELVIRA.** Tambien está mi sistema
en la experiencia fundado,
pues mi esposo...
- MARIA.** Tu esposo era
un ángel que no te dió
ni la causa mas pequeña
de un disgusto...
- ELVIRA.** Porque supe
sujetarle bien las riendas.
- MARIA.** No tal, porque era un modelo
de virtud y de paciencia,
y accedia resignado
á todas tus exigencias;
mas quién sabe, hermana mia,
lo que sucedido hubiera
á haber vivido mas tiempo?
- ELVIRA.** Vamos, no hagas tal ofensa

- á mi pobre Sebastian.
¡Ay, Dios mio! ¡Si él te oyera!
- MARIA. Tú, desengáñate, Elvira,
y acabemos la contienda.
La mujer no bien se casa,
debe limitar su ciencia
y únicamente aspirar,
si es que su ventura anhela,
á hacer feliz á su esposo
y á embellecer su existencia.
- ELVIRA. Maria, ¿y si es el marido:
como esos muchos, que dejan
á su esposa sola en casa
y pasan la noche entera
en el café?
- MARIA. Tal conducta,
hermana mia, demuestra
que ese marido, mejor
que con su esposa, se encuentra
en el café...
- ELVIRA. Y, por lo tanto,
es criminal.
- MARIA. No lo creas;
porque, al huir un marido
de su mujer la presencia,
algunas veces, Elvira,
la culpa no es de él, es de ella.
- ELVIRA. No adelantaremos nada
si asi en discurrir te empeñas:
mas yo, si otra vez me caso...
- MARIA. No será fácil suceda,
si el amante se apercibe
de la vida que le espera
cuando llegue á ser tu esposo.
- ELVIRA. ¡Pues me gusta! ¡Acaso piensas
que no ha de existir un hombre
que por esposa me quiera?
¡Si viviera Sebastian!...
- MARIA. No tal, no ha sido mi ideal!...
- ELVIRA. Pues sábetе que en el dia...
á consentir yo...
- MARIA. ¿De veras?

- ELVIRA. De nuevo pudiera estar casada...
- MARIA. ¿Si? ¿Qué me cuentas!
- ELVIRA. Mas ¡la memoria del pobre Sebastian!... ¡Y si tú vieras qué jóven tan elegante!...
- MARIA. Y ¡qué gallarda presencia! ¡Qué simpático! ¡Qué voz! ¡Qué talento y qué maneras!
- ELVIRA. (Levantándose y acercándose á Maria.) ¡Calla! Pues ¡qué! ¿le conoces?
- MARIA. ¿Á Sebastian?... ¿No te acuerdas?...
- ELVIRA. ¡Si no hablo de Sebastian!
- MARIA. Pues ¿de quién?
- ELVIRA. ¡Si no te enteras!
- Yo me referia á un jóven que fué conmigo á Valencia desde Barcelona.
- MARIA. Entiendo: ¿y te cautivó?
- ELVIRA. ¡Á la fuerza!
- Sus ojos me dirigian unas miradas tan tiernas!... Era su conversacion tan ilustrada y amena!... Sin cesar me preguntaba si sentia mi cabeza algun mareo; lo menos treinta veces ¡mas de treinta! el libro, en que yo leia, sumiso como una oveja del suelo me recogió, y sus palabras discretas, sus constantes atenciones y distinguidas maneras me hicieron la travesia tan sumamente ligera, que casi un pesar sentí al arribar á Valencia!
- ¡Ay! Ese jóven tan fino habia de ser, por fuerza, un marido sin ejemplo.

MARIA. ¡Quién sabe!

ELVIRA. ¡Á no ser que diera
con una mujer tan simple
como eres tú...

MARIA. ¡Vuelta al tema!

ELVIRA. Que, á los tres dias escasos,
con imprudentes ternezas,
con mimos indisculpables
y una cándida indulgencia,
tornase al cordero humilde
en una indomable fiera;
y si no, vamos á ver,
yo me remito á las pruebas;
cuando te casaste, Alberto
no daba un paso siquiera
sin tí.

MARIA. Mas...

ELVIRA. Siempre á tu lado
cuando salias á tiendas
ó á misa, ó á hacer visitas;
y como tú no salieras,
él en casa: pues mira ahora...

MARIA. Vamos; ¿y qué consecuencias
tratas de sacar?...

ELVIRA. Que el hombre
se pervierte y se malea
con la excesiva bondad
de la mujer.

MARIA. No lo creas:
el hombre tiene negocios
y ocupaciones muy serias
que estudio y tiempo reclaman,
y el que los atiende, prueba
que ama mas á su mujer
que el que sus deberes deja
por estar continuamente
arrullándola.

ELVIRA. ¿Tal piensas?

Pues yo discurro, Maria,
de muy distinta manera.
¡Ocupaciones!... Pretextos
(Vuelve á sentarse junto al velador.)

- de los que no aman de veras.
- MARIA. (Levantándose y acercándose á Elvira.)
Si el hombre un día abandona,
cediendo á invencible fuerza,
los deberes, á que está
ligada nuestra existencia,
y á una mujer, que le inspira
una idolatría ciega,
con abrasador delirio
dedica su vida entera,
ese torrente de amor,
que mata mas que consuela,
es preciso que se temple,
que gane mas en pureza,
que dé entrada á la razon
y de este modo convierta
los insufribles, ardientes
delirios de una alma enferma,
en dichas, que hacen amar
y bendecir la existencia.
Por encontrar esas dichas
para que yo goce de ellas;
por darme comodidades
trabaja Alberto y me deja;
no porque haya reemplazado
á su amor la indiferencia.
- ELVIRA. ¡Qué de ilusiones te forjas!
Tu candidez me exaspera.
¿Conque tú piensas, incauta,
que Alberto se halla á estas fechas...
- MARIA. En la Bolsa. ¡Quién lo duda!...
- ELVIRA. Ó en casa de la condesa.
(Con intencion.)
- MARIA. ¡Qué dices! Mas no! Es mentir a!
¡Perdona, Alberto, esta ofensa!
- ELVIRA. Si, si, tú fia en los hombres,
y verás...
- MARIA. ¡Calla, que él llega!

ESCENA II.

DICHAS y ALBERTO.

~~ALB.~~ (Á Maria que habrá salido á su encuentro.)

¡Oh! ¡Qué sorpresa! Maria,

¿tú no sabes lo que pasa?

¡Quién habia de pensar!

MARIA. ¿Qué sucede?

ALB. (Saludando á Elvira.) Adios, hermana.

MARIA. Vamos, dinos de una vez...

ALB. ¡Cosa mas inesperada!...

Salí há poco de la Bolsa...

ELVIRA. (¡Mentira!)

MARIA. (¡No me engañaba!)

ALB. Por la calle del Correo

me dirigia hácia casa

muy tranquilo, cuando un hombre,

que de apearse acababa

de la diligencia, viene

corriendo hácia mí, me abraza,

y pude reconocer...

¿Á quién dirás? ¡Cá! ¡Si pasma!

ELVIRA. (Cuanto dice es puro embrollo

por disculpar su tardanza:

no me la haria pasar

á mí!...)

MARIA. No se me alcanza

quién pudiera ser.

ALB. Pues era,

vida mia, en cuerpo y alma,

mi muy querido Gaspar.

MARIA. ¿El amigo de tu infancia?

ALB. Que me escribió, segun dice,

su salida de Granada

y cuya carta no he visto.

ELVIRA. ¡Oh! ¡Los correos de España!

ALB. No los culpes, que en el dia

no se extravian las cartas:

la de Gaspar... de seguro

que la recibo mañana.

ELVIRA. ¡Justo! Dos dias despues...

- cuando ya no te hace falta.
- MARIA. ¿Y qué habrá dicho tu amigo?
- ALB. No le merecí gran fama
cuando llegó á la estacion
y vió que no le aguardaba;
mas me absolvió de mi culpa
cuando le dije la causa...
- MARIA. ¿Y se establece en la córte?...
ALB. No: viene por dos semanas
á fin de activar un pleito.
- MARIA. Por supuesto vendrá á casa;
tú se la habrás ofrecido.
- ALB. Aunque á hacerlo me obligaba
el puro, entrañable afecto
que siempre unió nuestras almas,
no me he atrevido á ofrecerle...
- MARIA. Muy mal hecho.
- ALB. El que se casa
ciertos deberes contrae...
- MARIA. Sin duda.
- ELVIRA. Las circunstancias...
(Apoyando á Alberto.)
- MARIA. Pero tambien una esposa
que de prudente se jacta,
evitar debe que el hombre
por cuya dicha se afana,
esté por ella en ridículo.
- ELVIRA. (¡Jesus! ¡Qué tonta! ¡Apostaba
á que dentro de un instante
tenemos amigo en casa.)
- MARIA. Tú debes mil atenciones
á tu amigo...
- ALB. Nada, nada.
No hablemos mas; recogiendo
el equipaje quedaba,
por tanto, voy en su busca
y no he de soltarle... ¡Oh! ¡gracias!
(Váse por el fondo derecha ¹ despues de estrechar
con gratitud las manos de Maria.)

1 Todas las indicaciones de derecha é izquierda, deben entenderse del actor.

ESCENA III.

ELVIRA, MARIA.

ELVIRA. Pues señor, esto es atroz.
Y aunque te enfades, hermana,
y me digas que me meto
en camisa de once varas,
no por eso he de callarme.

MARIA. ¡Volvemos á las andadas!...

ELVIRA. ¡Consentir que tu marido
á un amigo meta en casa!!!

MARIA. Es aun mas: le he aconsejado
que le trajera.

ELVIRA. ¡Qué cándida!

MARIA. El deber, la gratitud,
á obrar así le obligaban,
y no es justo que por mí
cobre de ingrato la fama.

ELVIRA. Buena la has hecho, Maria;
ya verás lo que te aguarda.
Ese... amigote será
soltero.

MARIA. No es una falta.

ELVIRA. Con sus pérfidas ideas,
sus consejos y sus máximas,
lo que vale tu marido
se lo vá á llevar la trampa.
Compañeros de aventuras...

MARIA. Creo que solo de cátedra.

ELVIRA. Recordarán sus conquistas,
trapicheos y jaranas...

MARIA. Y Alberto comparará
los azares y borrascas
que pasó, con la ventura
que hoy le acaricia y halaga,
y amante bendecirá
á su mujer y su casa.

ELVIRA. Estoy viendo que te olvidas
del cuento de las naranjas:

- tú recuerda que una sola,
una, que había dañada.
todas las buenas dañó.
- MARIA. Recuerdo bien esa fábula,
pero no puede aplicarse
al caso de que se trata.
- ELVIRA. ¿Que no? Por mas que me digas,
el amigo á quien se aguarda,
será un loco, un jugador,
amigo, en fin, un canalla.
- MARIA. Le calumnias; es un jóven
de una conducta sin tacha:
pertenece á una familia
noble y rica de Granada.
- ELVIRA. ¡Hola! ¿Conque es andaluz?
- MARIA. Tiene una instruccion muy vasta...
- ELVIRA. ¿Conque tambien ilustrado?
- MARIA. Y está dotado de un alma
sensible, y segun Alberto
de una figura simpática.
- ELVIRA. ¿Conque andaluz, ilustrado
y nada feo?—¡Ay! Hermana,
tu imprudencia cada vez
mas á mis ojos resalta.
- MARIA. ¿Y por qué?
- ELVIRA. Porque... al fin... yo...
Ya ves, soy una muchacha...
y las gentes...
- MARIA. ¿Pues qué temes?
- ELVIRA. Yo, por mí, no temo nada;
mas como los hombres son
tan osados y tan... ¡vaya!
dí á tu esposo que se lleve
á su amigo á una posada.
- MARIA. No haré tal.
- ELVIRA. Pues te aseguro
que no me ha de ver la cara.
- MARIA. ¿Acaso te lo ha prohibido
el jovencito de marras?
- ELVIRA. ¿Qué jóven?
- MARIA. El del vapor.
- ELVIRA. No gastes bromas pesadas.

ALB. (Dentro.) Sin etiquetas, Gaspar,
porque vienes á tu casa.

ELVIRA. ¿Son ellos? (Levantándose.)

MARIA. Si.

ELVIRA. Pues me voy.

MARIA. No seas loca y aguarda...

ELVIRA. Nunca.

MARIA. ¡Elvira!...

ELVIRA. Te repito

que no me ha de ver la cara.

(Váse por la puerta del primer término de la derecha.)

ESCENA IV.

MARIA, GASPAS en traje de camino, ALBERTO y un MOZO con dos maletas y una sombrerera.

ALB. (Á Gaspar.) Por aqui, y no pienses ahora...

GASPAR. (Á Alberto.) ¿Mas qué dirá tu mujer?...

ALB. Si ella misma... vas á ver...

(Conduciendo á Gaspar hácia donde está Maria.)

GASPAR. ¡Pero chico!... (Deteniendo á Alberto.)

ALB. (Arrastrándole.) ¡Anda!

GASPAR. (Saludando confundido á Maria.) Señora...

(Yo no sé lo que me pasa.)

Sentiria incomodar...

MARIA. Usted viene solo á honrar
con su presencia esta casa.

GASPAR. Mil gracias...

ALB. (Á Maria.) ¿Y has destinado
á Gaspar habitacion?

GASPAR. Mira que por mí...

ALB. Chiton.

MARIA. Si quieres, esa.

(Indicando la del primer término de la izquierda.)

ALB. Aprobado.

Vamos adentro con todo.

(Al mozo, que se irá con el equipaje por la puerta que indicó Maria, saldrá en seguida sin él y desaparecerá por la puerta del fondo.)

MARIA. Usted, señor don Gaspar,

- se tendrá que resignar...
- GASPAR.** Yo estoy bien de cualquier modo.
- MARIA.** Aunque el cuarto es reducido,
creo será de su agrado,
en razon á que está al lado
del que ocupa mi marido.
- GASPAR.** Atenciones tan galantes
no sé cómo agradecer...
- ALB.** ¿Cuánto vá á que mi mujer? (Á Gaspar.)
ya no te asusta como antes?
- MARIA.** ¿Pues tan rara me creía?...
- GASPAR.** (Á Alberto en voz baja y reconviéndole.)
Pero, hombre, ¿vas á decir?...
- ALB.** ¡Si no queria venir!...
- GASPAR.** ¡Callarás! (Á Alberto.)
- MARIA.** ¡Qué tontería!
- GASPAR.** No haga usted caso de Alberto:
cuando á venir me invitó,
al pronto, ya se vé, yo...
no quise aceptar, es cierto...
- MARIA.** Y ¿por qué?
- ALB.** Porque decia...
¡qué sé yo lo que alegaba!
- GASPAR.** La verdad, porque ignoraba
lo mucho que usted valia.
- MARIA.** Agradezco la opinion
que ha formado usted de mí;
mas, don Gaspar, no creí
que fuera yo una excepcion.
- GASPAR.** Pues yo casi estoy seguro
de no haberme equivocado.
- MARIA.** ¡Mas si usted no me ha tratado!...
Su juicio es muy prematuro.
- GASPAR.** Yo juzgo por los efectos...
- MARIA.** ¿De una primera entrevista?
- ALB.** ¡Mira, Gaspar, que es muy lista!
- MARIA.** Yo tengo muchos defectos...
- GASPAR.** No seré yo quien sostenga
que perfecta sea usted.
¡Defectos!... ¿Hay alguien que
mas ó menos no los tenga?
Esto ninguno lo ignora

y tambien es muy sabido
que este mundo corrompido
aplaude, ensalza y adora,
no al mortal que los presenta
en un número menor,
sino al que sabe mejor
disimular los que cuenta.

MARIA. ¿Y no pudiera yo ser?...

GASPAR. No tal: en primer lugar
hay defectos, que ocultar
nunca puede una mujer.

MARIA. Y por qué?

ALB. (Á Maria.) Mira, te advierto
que Gaspar tiene formadas
de las mujeres casadas
ideas...

GASPAR. Justas, Alberto.

MARIA. ¿Y nos trata bien ó mal?

ALB. Te diré... es una rareza;
pero os trata con dureza.

GASPAR. Á todas en general;
señora, yo soy muy franco.

MARIA. ¿Basará usted su opinion?...

GASPAR. En razones, que no son
razones de pié de banco.

MARIA. Si son razones, no quiero...

GASPAR. Y de tal peso, que estar
me harán quizá, á mi pesar,
toda la vida soltero.

ALB. Este chico es el demonio.

MARIA. ¿El demonio? No, no digo...
mas sí que es un enemigo
contumaz del matrimonio.

GASPAR. Tanto sacrificio exige...
que el hombre debe pensar
y, si es cuerdo, abominar...
y eso es lo que á mí me aflige.

MARIA. ¡Sacrificio! No hay tal cosa.

GASPAR. Por lo pronto, adios, amigos;
pues siempre como á enemigos
natos los mira la esposa.
Luego mil impertinencias

- hay que sufrir.
- ALB. (Á Gaspar en voz baja.)
(¡Por los cielos,
cállate!)
- GASPAR. (Sin hacer caso.)
Caprichos, celos,
lágrimas... ¡Y qué exigencias!
- ALB. (¡No las detalles, aleve!)
(Á Gaspar en voz baja y reconviniéndole.)
- GASPAR. Que no vuelvas á fumar,
que te vengas á acostar,
cuando mas tarde, á las nueve.
Y si no quiere perder
la paz y morir de tedio,
un marido, no hay remedio,
tiene á todo que acceder,
y apelar á la ficcion,
y renegar de su suerte,
y, en fin, anhelar la muerte
con todo su corazon.
- ALB. ¿Has visto cuántas sandeces
nos ha dicho? (Á Maria.)
- MARIA. No, por cierto.
- ALB. ¡Cómo!
- MARIA. Por desgracia, Alberto,
eso se vé algunas veces.
- GASPAR. Pues ya sabe usted, en la esencia,
por qué venir no queria.
- MARIA. Sin duda usted temeria...
- GASPAR. Ser causa con mi presencia
de un disgusto sordo, eterno,
que les hiciera sufrir
y llegase á convertir
esta casa en un infierno.
- MARIA. Mas si Alberto, á instancia mia,
que viniera le rogaba!...
- GASPAR. Es que entonces ignoraba
lo mucho que usted valia.
- MARIA. No es virtud, eso es prudencia:
pues la mujer que procura
llenar de paz y ventura
y embellecer la existencia

del hombre, que un corazon
con su mano le dió amante,
evitando á cada instante
humillar su condicion,
por mas que en contra se arguya,
se conquista su reposo,
la dicha hace de su esposo,
y labra á la vez la suya.

ALB. (¡Es un ángel!)

MARIA. Ha un momento
yo á mi hermana esto decia.

GASPAR. ¿Tiene usted en su compañía
una hermana? ¡Cuánto siento
no haber tenido el honor
de verla!

ALB. ¿Mas dónde está?

MARIA. En su habitacion.

GASPAR. Quizá
entregada á la labor.

MARIA. Y yo, con su permiso, ahora
voy por adentro á arreglar...
Hasta despues, don Gaspar.

GASPAR. Á los pies de usted, señora.

MARIA. ¿No saldrás? (Á Alberto con cariño.)

ALB. No he decidido...

MARIA. Dejo á usted acompañado.

(Á Gaspar y marchándose por el fondo, izquierda.)

GASPAR. Mil gracias. (Se me ha quitado
mucho miedo á ser marido.)

ESCENA V.

GASPAR y ALBERTO.

ALB. Conque, querido Gaspar,
¿qué me dices?

GASPAR. Digo, Alberto,
que me gusta tu mujer.

ALB. ¿Ves tú como yo no miento?

GASPAR. Hay que confesarlo, chico;
es una esposa modelo.

¡Si encontrara yo otra asi!...

ALB. ¿Te casabas al momento?

GASPAR. No, la recomendaria
á un amigo, á quien aprecio.

ALB. Vamos, tú siempre lo mismo:
sin compasion zahiriendo
al matrimonio.

GASPAR. ¿Qué quieres?

ALB. Pues, mira, yo te confieso
que hoy me juzgo mas dichoso
que cuando estaba soltero;
para mí entonces los dias,
si bien pasaban ligeros
entre fiestas y placeres,
bromas, orgías y estruendo,
no tenian el encanto
que hoy, Gaspar, experimento.

GASPAR. ¡Bravo! Eres un excelente
cómico.

ALB. ¡Yo!

GASPAR. Estás haciendo
el Luis de *El hombre de mundo*
admirablemente, Alberto.

ALB. ¡Qué dices! Yo solo trato
de pintarte lo que siento.

GASPAR. Sigue: ¿con que aquellos goces?...

ALB. Terminaban siempre en tedio:
el sol, que entonces lucia,
me abrasaba con su fuego,
en vez de mandarme rayos
de alegria y de consuelo;
y cuando luz le pedia,
Gaspar, me dejaba ciego.
Hoy el amor de una esposa
vida ha dado con su aliento
á mi corazon herido
por aquel fastidio eterno;
disipa mis amarguras
con su puro y santo anhelo,
dichas sin fin me depara,
un mañana, mas risueño
que el hoy, que á extinguirse vá,
me muestra siempre á lo lejos,

- y, hasta poder alcanzarle,
mi casa convierte en cielo.
- GASPAR. Con angelitos y todo.
¿Cuántos chicos tienes?
- ALB. Bueno,
si has de venir con epígrama
cuando estoy hablando en sério...
- GASPAR. Hombre, yo te lo pregunto
porque en saber me intereso,
como es justo... conque ¿cuántos
retoños hay?
- ALB. Aun no tengo
la ventura de ser padre.
- GASPAR. ¿Y lo sientes?
- ALB. Si.
- GASPAR. Te creo;
mas de cien veces te he dicho
que tú naciste para eso.
Pero, vamos, con franqueza
y sin mentir, ese cielo
que debes á tu mujer,
¿está sin cesar sereno?
¿No le empaña alguna nube?
- ALB. No, ninguna.
- GASPAR. ¡Embustero!...
si yo sé que todos...
- ALB. Siempre
en él brillar un sol veo
que vida dá á cuanto baña
prestándole encantos nuevos.
Es ese sol que, en los dias
claros y hermosos de invierno,
buscamos con avidez.
Es ese sol hechicero
que, sin cesar, contemplamos
sin que nos queme su fuego,
es ese sol cariñoso
que despierta en nuestro pecho
un sentimiento dormido
de bienestar y consuelo;
ese sol, á cuya vista
huyen las nieblas, y luego

parece que, agradecido,
se sonríe el universo.

GASPAR. Y ese sol tan envidiable
¿es tu mujer? Lo comprendo:
has tenido la fortuna
de que te dotara el cielo
de una esposa... inverosímil...

ALB. No tal, hombre.

GASPAR. Si, por cierto.

Y es hasta un deber sagrado
para tí, alabar el género.

Pero en tésis general
y ateniéndome á los hechos...

ALB. Tú concluirás por casarte.

GASPAR. Por casarme? ¡Vade retro!
Y si he de hablar con franqueza,
chico, la verdad, yo siento
que el matrimonio me infunda
tan acendrado respeto
y tan... en primer lugar
porque ya voy siendo viejo,
y despues... por otras causas
que me callo y son de peso.

ALB. Pues ten valor y apechuga...

GASPAR. Le tuve hará poco tiempo
para amar á una mujer
que, con sus ojos de fuego,
una pasion tan ardiente
hizo brotar en mi pecho
que, si un poco me descuido
me conduce sin remedio
al precipicio y ¿quién sabe?
Mas hice un heróico esfuerzo,
y de ella alejarme pude
sin decirle yo te quiero.

ALB. No la querrias de veras.

GASPAR. No lo sé; pero es lo cierto
que la ausencia no ha borrado
la memoria que conservo
de esa mujer.

ALB. Pues entonces,

Gaspar...

GASPAR. Es vano tu empeño.

ALB. Desiste de esa mania.

GASPAR. No desisto.

ALB. Pues preveo
que acabará por llevarte
al manicomio modelo.

GASPAR. ¿Y quién duda que estaría
allí mejor que...

ALB. ¡Blasfemo!...

Eso ya...

GASPAR. No te sulfures.

¿No ves, chico, que me acuerdo
del pobre Esteban, de aquel
compañero de colegio
cuya esposa le mató?

ALB. ¡Le mató!...

GASPAR. Si, con su genio.

Pues ¿y Baltasar? ¡Qué lástima
de chico!

ALB. ¿Sigue en Oviedo?

GASPAR. Ya no. Sin temor al vómito
solicitó del gobierno
su traslación para Cuba
y allá se fué por enero.

ALB. ¡Qué dices! ¿Y habrá marchado
con su mujer, por supuesto?

GASPAR. No tal. Baltasar dejó
á su mujer en su pueblo,
en Pinto.

ALB. ¡Ya!

GASPAR. Pretextando
que sería poco cuerdo
exponerla á los peligros
de la travesía, y luego
á los funestos ardores
de aquel clima...

ALB. Te comprendo.

GASPAR. Pues ¿y á Juan?...

ALB. ¿Qué le ha pasado?

GASPAR. ¡Qué! ¿No sabes el suceso?

ALB. No sé...

GASPAR. Pues, mira, la alhaja

(Habla al oído de Alberto.)
de su esposa...

ALB. (Santiguándose admirado.)

Eso es muy serio.

GASPAR. Ya está entablado el divorcio;
por todo lo cual, prefiero
escarmentar en cabeza
que no es mia, y me convenzo
de que fué un sabio quien dijo
que bien se lame el buey suelto.

ALB. Razon tendrás; mas pudiera
citarte muchos ejemplos
de matrimonios felices.

GASPAR. Son mas los malos.

ALB. No es eso.

GASPAR. ¿No? ¿Pues qué es?

ALB. Como los malos
son los que arman los estruendos
escandalosos, el mundo
solo se apercibe de ellos
y no repara que existen
muchos matrimonios buenos,
que gozan de una ventura
sin límites en silencio.

GASPAR. Eso será... en fin, á ver
si á tu lado me convierto.
Pero, entre tanto, quisiera
que me dieras un tintero
para escribir á mi casa
mi llegada.

ALB. En tu aposento
hallarás lo necesario.

GASPAR. Que no me estorbas.

ALB. Te dejo,
y si algo mas te hace falta
llamas.

GASPAR. Corriente.

ALB. Hasta luego.

GASPAR. Escribiré cuatro líneas:
yo despacho en un momento.

(Váse Alberto por el fondo izquierda.)

ESCENA VI.

GASPAR.

No anda muy descaminado,
es preciso concederlo.
El mundo solo se fija
en los que... Pero ¡cá! Alberto
no es voto, está interesado
y es natural que...

ESCENA VII.

DICHO y ELVIRA.

Gaspar estará recogiendo un abrigo y un saco de noche que al salir habrá dejado encima de una silla hacia el fondo. Elvira aparece por la puerta del primer término de la derecha con el libro en la mano.

ELVIRA. (Sin ver á Gaspar.) No puedo ya por mas tiempo acallar la curiosidad que tengo de conocer al ilustre y simpático viajero.
¡Calle! ¡Allí está! (Descubriendo á Gaspar.)

GASPAR. Pues, señor, nada, á lo dicho me atengo: fué muy sábio aquel que dijo que bien se lame el buey suelto.
(Se dirige á la puerta del primer término de la izquierda.)

ELVIRA. Mas ¡ay! ¡Qué miro!
(Reconociendo á Gaspar y dejando caer el libro sorprendida.)

GASPAR. (Apresurándose á recoger el libro sin fijarse en Elvira.)

Señora...

ELVIRA. No se moleste, le ruego.

GASPAR. (¡Si estaré yo condenado á coger libros del suelo!)

¡Santo Dios! ¡Será posible!

(Reconociendo el libro primero y mirando despues á Elvira.)

¡Usted aqui!

ELVIRA. Caballero...

GASPAR. ¡Qué feliz casualidad!...

Conque, segun lo que veo,
el hermano, á quien usted
iba á buscar, era Alberto?

ELVIRA. ¿Y usted el amigo que acaba
de llegar?...

GASPAR. ¡Parece cuento!

Mas, dígame usted, señora;
¿se alivió usted del mareo?

ELVIRA. No del todo.

GASPAR. Me es sensible...

ELVIRA. (¡Como siempre, tan atento
y tan galan!)

GASPAR. ¡Qué vapor!

Y ¡qué andar! ¡Cuando me acuerdo!...

Yo, señora, no he viajado
nunca en otro que tan presto
hiciera la travesia.

ELVIRA. No en vano el nombre le dieron
de *Rápido*.

GASPAR. ¿Sí? Pues yo
le hubiera llamado fiero.

Igual que á la diligencia
en que he venido: lo menos
diez horas se ha retrasado.

¡Oh! ¡Qué viaje!

ELVIRA. No comprendo.

¿Á la diligencia culpa
usted?...

GASPAR. Por pesada, cierto.

ELVIRA. ¿Y se queja del vapor?

GASPAR. Porque andaba muy ligero.

ELVIRA. Perdone usted mi torpeza,
mas digo que no lo entiendo.

GASPAR. No es extraño, porque solo
puede, señora, entenderlo
quien siente en su corazon

lo que aqui estoy yo sintiendo.

ELVIRA. Y... ¿qué siente usted? (Haré que confiese sin rodeos...)

GASPAR. Si he de decir la verdad, yo mismo no sé qué siento; pero á veces sufro mucho... (Exploraremos su pecho.)

ELVIRA. No conociendo la causa... no es fácil buscar remedio.

GASPAR. Yo creo que lo hallaria.

ELVIRA. ¿De veras?

GASPAR. Mas no me atrevo.

ELVIRA. Mal hecho.

GASPAR. Pues, ya que usted me anima, ¡quién dijo miedo! Voy á ver si me es posible explicarle lo que siento. No bien vi á usted en el vapor, mis ojos ya no pudieron de su semblante apartarse mas que muy breves momentos, y solo, créame usted, para dar gracias al cielo que contemplar les dejaba un semblante tan perfecto.

ELVIRA. ¿Creo que es usted... andaluz?

GASPAR. Si, pero á pesar de serlo, no es mi costumbre, señora, abultar jamás los hechos.

ELVIRA. Muy en cuenta lo tendré.

GASPAR. Pues, como íbamos diciendo, usted al instante á mis ojos, con los suyos, hizo presos; intenté despues, señora, una razón darme de ello: quise pensar y encontré, sin rubor se lo confieso, que tambien usted me habia cautivado el pensamiento. Y en fin, á medida que el vapor llegaba al puerto, mi corazón se oprimia...

- ELVIRA. Se estaria resistiendo
á que le prendiera yo.
- GASPAR. Pero fué vano su intento,
pues por usted en este instante,
por usted está latiendo.
Y pues conoce, señora,
la enfermedad que padezco,
dígame usted si me es dado
esperar algun consuelo.
(Mas, ¡qué digo! ¡Soy un bestia!
¡Enamorarme, teniendo
las ideas que!...)
- ELVIRA. Si fuera
lo que usted ha dicho cierto...
Yo...
- GASPAR. Señora, le repito
que, aunque andaluz, nunca miento
- ELVIRA. ¿Usted querrá que yo le hable
con franqueza?
- GASPAR. Por supuesto.
(¿Á que me dá calabazas?
Mas tambien, ¡qué suerte tengo!
¡Las dos veces que me ha visto
ha sido en tren de viajero!...)
- ELVIRA. Pues bien... yo...
- GASPAR. Si usted prefiere
pensarlo, por mí... (Con eso
tendré tiempo de quitarme
estos malditos arreos
y podrá juzgar con mas...)
- ELVIRA. Yo no necesito tiempo,
pues lo tengo muy pensado.
- GASPAR. (¡Dios ponga en sus labios tiento!)
- ELVIRA. Usted ha logrado inspirarme...
- GASPAR. (Si me desaira... ¡me cuelgo!)
- ELVIRA. Una viva simpatia.
- GASPAR. ¿Simpatia?
- ELVIRA. No, no es eso.
- GASPAR. ¿Amistad?
- ELVIRA. No, no; tampoco.
- GASPAR. Pues ¿qué será?
- ELVIRA. Yo no acierto...

Mire usted; cuando llegué
á Valencia, lo confieso,
al ver que usted se marchaba,
sentí un pesar!...

GASPAR. ¡Será cierto!

ELVIRA. Si señor, pesar que, en vez
de borrarse con el tiempo,
se fué aumentando...

GASPAR. ¡Qué dicha!

ELVIRA. Siempre unido á su recuerdo.
Un día fuí con mi hermana
á comprar unos cubiertos,
y mientras los escogia
aquella, mis ojos vieron
una sortija de un gusto
tan delicado!... El platero
me hizo observar que en la cinta,
que se dibujaba en medio,
podian grabarse letras.

GASPAR. ¿Y le dió usted al momento
mis iniciales? ¿Ge, jota?

ELVIRA. No, señor; pensaba hacerlo.
mas como no las sabia...

GASPAR. ¡Por vida de!... ¡Cuánto siento!...
Gaspar Juncosa me llamo
por si ocurriera de nuevo...

ELVIRA. En cambio, mire usted, puse...
(Enseñándole una sortija que lleva puesta.)

GASPAR. Veinticuatro de febrero.
(Leyendo la inscripcion de la sortija.)
¡Calle! ¡Esta fecha!...

ELVIRA. Es la fecha
del dia en que yo hacer presos
conseguí á su corazon,
sus ojos y pensamiento.

GASPAR. ¡Qué es lo que estoy escuchando!
¡Dios mio! ¡No es esto un sueño!
Esa sortija... ¡ay, si usted
quisiera!... mas no me atrevo.

ELVIRA. ¿Ya exigente?

GASPAR. No, no tal.

ELVIRA. ¿Aun no se halla usted contento?

GASPAR. Si, mas tan feliz seria
si pudiera en este dedo
verla lucir...

ELVIRA. Bien, ¿y en cambio
me jura usted?...

GASPAR. ¡Amor eterno!

ELVIRA. Aceptarla, obliga á mucho.

GASPAR. Soy honrado.

ELVIRA. Pues accedo.

(Elvira se quita la sortija y se la pone á Gaspar.)

GASPAR. ¡Ah! ¡Me hace usted hoy el hombre
mas feliz del universo!

(¡Oh, mujer encantadora!

¡Á mí me vá convirtiendo!)

ELVIRA. (Conviene ahora no asustarle,
que despues ya tendré tiempo
de atarle corto.)

GASPAR. ¡Alguien viene!

ELVIRA. Pues me voy... pero ¿qué es esto?

(Viendo que se ha enredado el fleco de su manteleta
ó manton en un boton del gaban de Gaspar.)

GASPAR. ¡Por vida de!...

(Apurado y sin poder deshacer el enredo.)

ELVIRA. ¡Ese boton!

GASPAR. No es el boton... ¡es el fleco!

ELVIRA. Si así lo enredá usted mas!

GASPAR. ¡Qué apuro!

ELVIRA. ¡Qué hacer!

ALB. (Apareciendo por el fondo con Maria.)

¡Soberbio!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALBERTO, MARIA.

GASPAR. (¡Alberto! ¡Se vá á burlar!)

ELVIRA. (¡Maria! ¡Se vá á reir!...)

Procure usted desunir...

GASPAR. ¡Á falta de procurar!...

MARIA. ¡Calle! ¡Si se han enredado!...

GASPAR. Este pícaro boton...

pero, así, se dá un tiron

y todo queda arreglado.

(Desahaciendo el enredo de un firon.)

ALB. ¡Jál! ¡jál! ¡jál! ¡Cosa mas rara!
Obra fué de Satanás.

MARIA. (Á Elvira.)
¿No decias que jamás
te habia de ver la cara?

ELVIRA. (Á Maria.)
Es que has de saber que es él.

ALB. (Á Gaspar.)
¡Tú, que siempre vas huyendo
de las mujeres!

MARIA. (Á Elvira.) No entiendo...

ALB. (Á Gaspar.)
Fué un castigo muy crüel.

ELVIRA. (Á Gaspar.)
¡Hable usted.

GASPAR. (Á Elvira.) ¡Yo!

ELVIRA. (Á Gaspar.) Si, señor.

ALB. (Á Gaspar.)
Tus culpas vas á pagar.

GASPAR. (Á Alberto.)
No, chico.

MARIA. (Á Elvira.) ¿Conque Gaspar?

ELVIRA. (Á Maria.)
Es el jóven del vapor.

ALB. (Á Gaspar.)
¿Pues ha poco no decias?...
Mucho me extraña que seas...

GASPAR. (Á Alberto.)
Cualquiera muda de ideas.

ALB. (Á Gaspar.)
Si, se vé todos los dias;
¡pero... así... tan de repente!...

GASPAR. (Á Alberto.)
Es que en tu hermana encontré
la mujer de quien te hablé.

ALB. ¿La de la pasion ardiente?
¿Tu demonio tentador?

GASPAR. Pues, ella misma, que aqui
me sorprendió y sucumbí
declarándole mi amor.

ALB. (Á Maria.) ¿No sabes lo que hay, mujer?

* MARIA. Me lo está contando Elvira.

ALB. ¡Cá! ¡Si parece mentira!
Yo dudaria, á no ver...

ELVIRA. Pues ya dudar es en vano...

MARIA. ¡Si hasta un anillo le dió
ya Elvira!!

ALB. ¡Esto mas!

GASPAR. Y yo
á ustedes pido su mano.

ALB. ¡Zambomba! ¿Mas tú qué dices? (Á Elvira.)

ELVIRA. Que lo apruebo.

MARIA. (¡Qué amorios!)

ALB. (Colocándose entre Gaspar y Elvira y bendiciéndolo
con cómica gravedad.)

Pues, por mi parte, hijos míos,
que Dios os haga felices.

¿Mas no temes el infierno (Á Gaspar.)
de la casa y la mujer?

GASPAR. Si tal, pero quiero ver
si encuentro mi sol de invierno.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

GASPAR, ALBERTO.

- ALB. Si, Gaspar, quiero que hablemos como dos buenos amigos.
- GASPAR. Chico, por mi parte, todo estaria ya concluido; mas como tú te has opuesto...
- ALB. Y no ha sido sin motivo. Asi como yo no aplaudo el descabellado juicio que formaste en general del matrimonio, no admito ni entiendo que es muy prudente que ahora tan... tan de improviso, te conviertas y te cases quizá solo por capricho.
- GASPAR. No lo creas: yo amo á Elvira.
- ALB. Tal vez te engañes tú mismo, y convendria que el tiempo lo aclarase.
- GASPAR. Desatino.
- ALB. No olvides el refran: antes que te cases...

- GASPAR.** Chico, chico,
si de pronto no me caso,
nunca me caso, de fijo.
- ALB.** Y ¿por qué? Vamos á ver.
- GASPAR.** Hombre, el por qué es muy sencillo:
porque, si acataran todos
lo que manda el susodicho
adagio, ni para muestra
se encontraría un marido.
- ALB.** Estás loco.
- GASPAR.** No tal.
- ALB.** Vaya!
Conque sacamos en limpio
que á sabiendas te condenas
á un insufrible martirio?
- GASPAR.** Mira, Alberto, las mujeres...
en confianza te lo digo,
ya que ninguna nós oye,
son un mal grave, gravísimo;
pero un mal inevitable,
diré mas, un mal preciso.
- ALB.** ¡Qué ideas!
- GASPAR.** Cuando estoy solo
yo de todas abomino;
mas al punto que una veo,
con ellas me reconcilio,
y no se me representa
ya tan fiero el leon...
- ALB.** Pues digo!...
Vamos, Gaspar, no naciste
para ser un buen marido.
Elvira es algo celosa.
- GASPAR.** Yo no le daré motivo...
- ALB.** Si, mas debes estudiar
su genio.
- GASPAR.** No necesito...
- ALB.** Á veces...
- GASPAR.** Todo es en vano.
- ALB.** Tiene un carácter muy vivo.
- GASPAR.** Eso no es falta.
- ALB.** Mas puede
ser sobra.

GASPAR. Me importa un pito.

ALB. No olvides que el matrimonio es un nudo...

GASPAR. No lo olvido.

ALB. Que puede oprimirte mucho, y no hallarás otro arbitrio...

GASPAR. Cuando me oprima...

ALB. Tendrás

á la fuerza que sufrirlo; que no es nudo que se rompe así... con un tironcito como aquel nudo del fleco y del boton.

GASPAR. Bah! Te digo

que estoy resuelto á casarme

y que mi ventura cifro

en ser esposo de Elvira.

Veinte veces te lo he dicho

desde ayer, con el objeto

de dejar ya convenido

el dia y demas, y siempre

te he visto poco propicio

á secundar mis deseos,

y eso, que cuando aqui mismo

te pedí su mano, vamos,

¡si bien lo extrañaste!...

ALB. Chico,

es que entonces no esperaba

fueras tan ejecutivo.

GASPAR. No, que estaré haciendo el pollo

diez años... ¡Eso es ridículo!

Mira, tú me has presentado

un almuerzo abundantísimo,

por lo tanto, está de mas,

si no te enfadas, querido,

el postre de reflexiones

que me estás dando.

(Saca un cigarro y lo enciende.)

ALB. No insisto.

GASPAR. Hombre, ¡pues estamos frescos!

Elvira vale muchísimo,

al fin y al cabo es hermana

de tu mujer; mas si indigno
me creyeras de su mano,
me lo dices muy clarito,
y ya verás como yo...

ALB. ¡Eh! ¡No digas desatinos!
Aunque oponerme intentara...

GASPAR. Es que seria lo mismo;
porque iré al gobernador
y al punto la deposito.

ALB. ¡Pero hombre, si para nada
necesitas mi permiso!
¡Si Elvira es viuda!

GASPAR. ¿Qué dices?
Y ¿por qué murió el marido?

ALB. Murió...

GASPAR. Siendo ella tan buena...
tan dulce... yo no me explico...

¡Ah! ¡moriria de empacho
de felicidad, de fijo!

ALB. ¡No, que se murió!...

GASPAR. ¿De qué?

ALB. Se murió de un tabardillo.

GASPAR. Es un síntoma alarmante
para mí ese dato, chileño.
Oye, ¿sabes si el difunto
se irritaba?

ALB. Era un bendito.

GASPAR. Tal vez tendria aficion
á la caza de estorninos?

ALB. Si, mucha, pero á cazarlos
en el plato.

GASPAR. Pues no atino...
porque esa caza no es fácil
que produzca un tabardillo.

ALB. Informarte podrá Elvira.

(Viendo que aparece con Maria por el fondo.)

GASPAR. No, no digas...

ALB. Convenido.

ESCENA II.

DICHOS, ELVIRA y MARIA.

ELVIRA. ¡Vaya! Cualquiera diría
que les causamos horror.

GASPAR. No piense usted...

ELVIRA. Si, señor:
es mucha galantería
la de ustedes.

MARIA. Pero, Elvira,
quizá tendrían que hacer
y en este caso el deber...

ALB. Nos absuelve.

GASPAR. Pues.

ELVIRA. Mentira.
Sin acabar de almorzar
abandonaron la mesa,
y no hay razón...

ALB. ¡Buena es esa!

ELVIRA. Que les pueda disculpar.

ALB. Una hay á la cual me agarro
para...

ELVIRA. ¿Y se puede saber?

ALB. La de no hacerlos toser
con el humo del cigarro.

ELVIRA. ¡Cómo! ¡Usted fuma!... (Á Gaspar.)

GASPAR. (Con satisfacción.) Si tal;
mas fumo puro, señora.

MARIA. ¿Y por qué no fumas ahora? (Á Alberto.)

ELVIRA. Pues lo siento. (Á Gaspar.)

GASPAR. (Á Elvira.) Hace á usted mal?

ELVIRA. Si, me incomoda ese olor.

ALB. Fumaré por darte gusto.

(Á María que le habrá estado hablando en voz baja.)

ELVIRA. Vamos, me apesta. (Á Gaspar.)

MARIA. (Á Alberto.) No es justo
que te prives...

GASPAR. (Á Elvira.) ¡Oh! ¡Qué horror!
¡Dice usted que es pestilente!
este aroma tan hermoso!

¡Mire usted qué delicioso!
¡Cómo embalsama el ambiente!

(Acercando su cigarro á la nariz de Elvira.)

ELVIRA. ¡Oh! Tire usted por favor
ese cigarro al instante.

GASPAR. (Y ahora empezaba el tunante
á saberme á mí mejor!

(Contemplando el cigarro lastimosamente.)

¡Eh! Vamos, yo no lo apago.)

ELVIRA. ¿Pero aun fuma usted?...

GASPAR. No, voy...

mire usted, fumando estoy

(Sin cesar de fumar.)

sin saber lo que me hago.

ELVIRA. La verdad, me figuré

que era usted mas complaciente.

GASPAR. Y lo soy.

ELVIRA. Pues al presente

bien lo disimula usted.

GASPAR. Vaya por la complacencia,

que por mí jamás habria...

(Tirando el cigarro.)

ELVIRA. Muy bien. (¡Salí con la mia!)

GASPAR. (Por vida de la exigencia!

¡Ay! ¡Qué lástima de habano!)

(Mirando el que ha tirado.)

Pero me atrevo á esperar

que, con el tiempo, fumar

podré yo...

ELVIRA. No está en mi mano

el conceder...

GASPAR. (¡Esto mas!)

ELVIRA. Usted fume cuando quiera.

GASPAR. ¡Oh! Si usted lo consintiera...

ELVIRA. No, con mi apoyo, jamás.

No se haga tal ilusion.

GASPAR. No sea usted tan tirana.

Mire usted, mire á su hermana,

que no impuso prohibicion...

(Reparando en Alberto, que estará fumando y seña-
lando á Maria, que le contempla sin enojo sentada á
su lado.)

- ELVIRA. Acabemos la querrela. (Sin hacerle caso.)
- GASPAR. En este punto querria
que imitase usted á Maria.
- ELVIRA. Pues cátese usted con ella.
- GASPAR. Pero...
- ELVIRA. No hay mas que decir.
- GASPAR. Si asi lo discute todo,
no encontraremos el modo
de podernos avenir.
Vamos, que Alberto decida
nuestra cuestion.
- ELVIRA. No, no tal.
- GASPAR. Usted verá: es imparcial.
- ELVIRA. Que lo sea.
- GASPAR. Mas, ¡por vida!...
- ELVIRA. No sea usted majadero.
- GASPAR. Sea usted mas razonable.
- ELVIRA. Que no quiero que usted hable.
- GASPAR. ¿Y por qué?
- ELVIRA. ¡Porque... no quiero!
- MARIA. ¿Qué es eso?
(Apercibiéndose de la disputa de Elvira y Gaspar.)
- ALB. (Levantándose.) ¿Ya hay disensiones?
- ELVIRA. Es Gaspar que está oñecado...
- GASPAR. Es usted, que se ha empeñado
en no avenirse á razones.
- ALB. Vamos, sepamos qué ha sido?
- GASPAR. Verás.
- ELVIRA. (Á Gaspar.) ¡Calle usted!
- GASPAR. (Á Elvira.) Corriente.
(Á Alberto.) Chico, no tengo presente
nada de lo que ha ocurrido;
mas no te acerques ó tira
ese horrible coracero.
(Señalando al que fuma Alberto.)
- ALB. Pero ¡hombre! ¡Si es un veguero!
- GASPAR. Bien; mas incomoda á Elvira.
- ALB. ¿El cigarro? Pues señor
no digas mas.
- GASPAR. Pero Alberto...
- MARIA. Ya está todo descubierto.
- ELVIRA. (Á Gaspar.) Si usted no fuera hablador!

- GASPAR.** ¡Yo! Mas si no he revelado lo que pasó.
- ELVIRA.** No hay disculpa.
- GASPAR.** ¿Pero tengo alguna culpa de que hayan adivinado?...
¡Bah! ¡Pues me gusta la gracia!
- ELVIRA.** Inútil será cuanto hable.
- GASPAR.** No me haga usted responsable de la ajena perspicacia.
- ELVIRA.** De la suya.
- GASPAR.** No hay razon...
- ELVIRA.** Y ademas de su ironia.
- MARIA.** Elvira!...
- ELVIRA.** ¡Calla, Maria!
- ALB.** ¡Orden, órden y chiton!
(Agitando la campanilla de la escribania que habrá encima del velador de la izquierda.)
No sè alborote la gente y haya mas calma y prudencia.
- GASPAR.** ¡La una! Me voy á la Audiencia.
(Mirando el reloj.)
- ALB.** Y yo á buscar á mi agente, á ver si arreglar consigo...
- ELVIRA.** ¿Conque ya se marcha usted? (Á Gaspar.)
- GASPAR.** Pero antes espero que se desenoje conmigo.
- ELVIRA.** Remedio malo es la ausencia.
- GASPAR.** No es voluntaria la mia.
- ELVIRA.** Diga usted que lo que ansia es esquivar mi presencia.
- GASPAR.** No, Elvira; tengo que hacer... Sabe usted que hoy es la vista del pleito, y es justo asista...
- ELVIRA.** ¿Si no, lo vá usted á perder?
- GASPAR.** No, mas no puedo dejar...
- ELVIRA.** El mal está en que le quiero demasiado.
- GASPAR.** Lo sé... Pero...
Póngase usted en mi lugar.
- ELVIRA.** ¿No irá usted mas que á la Audiencia?
- GASPAR.** Nada mas; y aqui, anhelante...
- ELVIRA.** ¿Volverá usted?

GASPAR. Al instante
que pronuncien la sentencia.

ALB. Pronto vuelvo, vida mia.
(Á Maria, que le despide cariñosamente.)

MARIA. Ven cuando quieras.

ALB. (Llamándole.) ¿Gaspar?

ELVIRA. Cuidadito con tardar. (Á Gaspar.)

GASPAR. No. (Á Maria saludando.) Señora...

ALB. (Estrechando la mano á Maria, que habrá ido hasta la puerta del fondo para despedirle.)
Adios, Maria.

ESCENA III.

ELVIRA, MARIA.

MARIA. ¿Tambien me dejas?
(Á Elvira, que se dirige á su habitacion.)

ELVIRA. Si, voy
á aburrirme de fastidio.

MARIA. ¿Tú?

ELVIRA. Yo, si.

MARIA. ¿Tú fastidiarte!

ELVIRA. ¿Por qué te admiras?

MARIA. Me admiro
porque eso, hermana, es un poco...

ELVIRA. ¿Inverosímil?

MARIA. Ridículo.

ELVIRA. ¿Qué dices! Tal vez lo sea
á tus ojos, no á los míos.

MARIA. Debe serlo á los de todas
las personas de buen juicio.
¿Fastidiarse una mujer!
Vamos, es un desatino.

ELVIRA. Tú el corazon no comprendes.

MARIA. Porque le comprendo insisto...

ELVIRA. No alimentes ilusiones.
Eso que dices es hijo
de tu ignorancia, y por tanto
te perdono.

MARIA. Y yo no admito...

ELVIRA. Tambien la ignorancia engendra

la altivez, y por lo mismo...
MARIA. No lo niego, pero...

ELVIRA. Mira,
nuestros genios son distintos.
Tú vives, y no te ofendas,
¡tan atrasada!... De fijo
que tú eres de esas mujeres
de hace tres ó cuatro siglos,
que niegan que se padezca
de los nervios y...

MARIA. Distingo.
Creo que esa enfermedad,
Elvira, siempre ha existido;
y á aquel que es víctima de ella
yo compadezco muchísimo.

ELVIRA. ¿Y á tí te ha aquejado?

MARIA. Si.

ELVIRA. Pues nadie lo hubiera dicho.

MARIA. ¿Por qué razon?

ELVIRA. ¡Tiene nervios
y no concibe el fastidio!!
¡Esa nueva enfermedad
descubierta en nuestro siglo!!!
¡Qué nervios tan mal empleados!

MARIA. Si, yo de ellos no me sirvo
para atormentar á nadie
ni aburrir á mi marido.
En cuanto al fastidio, hermana,
verás lo que yo concibo.
Creo que tan solo el ócio,
padre de todos los vicios,
ó un corazon, ya gastado
y para siempre marchito,
puede engendrar ese mal
del cual, Elvira, me rio,
y, por tanto, me parece
á lo menos muy ridículo
que atormente á la mujer
cuando es el ser que ha nacido
con mayores elementos
para ahuyentar el fastidio.

ELVIRA. Así lo asegura el vulgo

echando siempre en olvido
que hay almas privilegiadas
que estan sufriendo un martirio
por males, que nadie endulza
porque no son comprendidos.

MARIA. ¡Dios nos libre de las almas
incomprensibles! Lo digo...
porque...

ELVIRA. ¿Por qué?

MARIA. Porque son
otra enfermedad del siglo.

ELVIRA. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Ya no puedo
escuchar mas desatinos!

(Se sienta junto al velador de la derecha y toma el
libro que habrá encima de él.)

MARIA. Vamos á ver, no te enfades
y ten un poco de juicio.

¿Quiéres que te indique yo,
para evitar el fastidio,
lo que haria en tu lugar
en este momento?

ELVIRA. (Con indiferencia.) Dilo.

MARIA. Pues bien, yo recordaria
que Gaspar es un buen chico,
que pronto, tal vez mañana,
á casarse iba conmigo,
que, por lo mismo, me tiene
un verdadero cariño,
y muy ansiosa de darle
un testimonio del mio,
y cierta de que él lo habia
de agradecer muchísimo,
le marcaria un pañuelo,
ó bordaria...

ELVIRA. Está visto
que entendernos no es posible.

(¡Qué talento tan mezquino!)

¿Tú no conoces, hermana,
que si hiciera lo que has dicho
sentaria un precedente
muy malo para...

MARIA. No atino

por qué.

ELVIRA. Porque me veria
condenada de continuo
á estar bordando tirantes,
ó bien haciendo bolsillos,
ó cosiendo, mientras él
se me iria muy tranquilo
de casa y hasta creyendo
que me hacia un beneficio
con dejarme... No, quien quita
la ocasion quita el peligro.

MARIA. ¡Qué exagerada!

ELVIRA. Las cosas
se arreglan desde un principio.

MARIA. ¿Y nunca habrá concesiones?

ELVIRA. Ni siquiera por descuido.

MARIA. Ya le dejarás fumar.

ELVIRA. Aunque viviera cien siglos
no ha de tener ese gusto.
¡Pues es mi genio bonito!...

MARIA. ¿Y cuándo salga de casa?

ELVIRA. No saldrá mas que conmigo.

MARIA. ¿Y cuándo tenga negocios?

ELVIRA. Saldrá... si le doy permiso.

MARIA. Mirá, Elvira, que en el hombre
comprendo bien el fastidio.

ELVIRA. Gaspar no ha de fastidiarse.

MARIA. Lo celebraré infinito.

ELVIRA. Y, en fin, pues tú has educado
á tu gusto á tu marido,
Maria, cállate y deja
que, á mi antojo, eduque al mio.

MARIA. No lo tienes todavia.

ELVIRA. Lo tendré: ¿lo has entendido?
(¡Qué castigo es una hermana
de tan vulgares instintos!)

(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

MARIA.

¡Qué chasco se vá á llevar!
Mas no lo deseo, no.
¡Quiera Dios que con Gaspar
se case, y pueda lograr
la paz que disfruto yo!

ESCENA V.

MARIA, ALBERTO.

- MARIA. ¡Alberto!
(Sorprendida al verle aparecer en el fondo.)
- ALB. (¡Cielos!)
- MARIA. (Saliendo al encuentro de Alberto.)
¿Á casa
cómo tan pronto te vienes?
- ALB. Es que... (Turbado.)
- MARIA. ¡Dios mio! ¡Qué tienes?
- ALB. Te diré...
- MARIA. Vamos, ¿qué pasa?
¿Acaso te has disgustado
con alguno?
- ALB. (Tratando de aparecer sereno.)
No, por cierto.
- MARIA. ¡Pues entonces, habla, Alberto!
- ALB. Es que... me habia olvidado
unas cartas... y venia...
- MARIA. Pero... ¿á qué esa turbacion?
¡Es inútil la ficcion!
¡Tú me ocultas!...
- ALB. No, Maria.
- MARIA. No olvides, por caridad,
que la duda es un tormento;
que siempre vá el pensamiento
mas allá de la verdad.
- ALB. Pues bien... sabe... que han bajado
los fondos... que yo jugaba

al alza hace tiempo...

MARIA. Acaba,
¡y nos hemos arruinado!

ALB. ¡No por Dios! No es tan funesta
la desgracia.

MARIA. En conclusion...

ALB. Tan solo la operacion
doce mil duros me cuesta.

¡Ah! Este disgusto fatal
quisiera haberte evitado,
mas como te has empeñado...

MARIA. Hubieras hecho muy mal.
¡Engañar á tu mujer!...

ALB. Mas mi objeto hubiera sido...

MARIA. Mire usted, señor marido,
que no le voy á querer.

Dime, ¿cuando una alegria
tú recibes, anhelante,
no vas corriendo al instante
á decirla á tu Maria?

ALB. Es que entònces quiero, si,
que la sientas, como yo,
porque no habria, si no,
alegrias para mí.

MARIA. Pues ¿por qué no haces lo mismo
cuando te aflige un dolor?

ALB. Porque me impide el amor...

MARIA. Di mas bien el egoismo.
Si un placer nos dá el reir
con el ser á quien amamos,
dicha mas grande encontramos
pudiendo con él sufrir.

ALB. Perdona, si en mi ansiedad
de hacerte feliz, Maria,
hoy ocultarte queria...

MARIA. ¡Pues qué! ¿La felididad...
Mas feliz es, á mi ver,
que aquél que nunca ha sentido
un dolor, ni ha padecido,
el que sabe padecer!
y para aprender los dos
tenemos un libro abierto,

ALB. ¿Un libro dices?

MARIA. ¡Alberto,
ese libro santo, es... Dios!

ALB. ¡Ah! si, si: tienes razon!

¡Benditas seas, Maria!

Tú devuelves la alegria

á mi pobre corazon.

MARIA. Pues qué, ¿la habia perdido?...

Yo el motivo no comprendo.

ALB. Ha sido un golpe tremendo

la pérdida que he sufrido

MARIA. No, Alberto.

ALB. Tras tanto afan...

MARIA. No es justo tu desconsuelo;

debes dar gracias al cielo

porque no te falta el pan.

Tu razon se precipita.

ALB. Yo no sé qué contestarte...

MARIA. Dios los bienes nos reparte,

y Dios tambien nos los quita,

y el que llora sin consuelo

sus perdidos beneficios,

ni acata sus sábios juicios

ni mira jamás al cielo.

ALB. Mas yo...

MARIA. Alberto, si, ya sé

que tienes resignacion

y que está en tu corazon

muy arraigada la fé.

ALB. En mi pecho han ejercido

tus palabras un encanto

tan admirable, tan santo!

MARIA. Démoslo todo al olvido.

Haremos economias.

ALB. Yo me encargo de eso.

MARIA. No,

veras cómo gano yo

lo perdido en pocos dias

ALB. ¿Pero te vas á privar?

MARIA. De lo que es superfluo, si.

ALB. Eso no, déjame á mí

el cuidado de arreglar...

MARIA. No es para tí ese cuidado.
ALB. Por lo pronto, acortaremos
las sumas que concedemos
á los pobres.

MARIA. Reprobado.
Por lo pronto, y ten paciencia
si tus planes contraria,
no comprarás la alqueria
que pensabas en Valencia.

ALB. Mas el médico ha encargado
que tomes baños de mar.

MARIA. ¿Y no los podré tomar
porque?...

ALB. Si; mas bien pensado...
es preciso...

MARIA. Es una utopia;
ó ¿acaso piensas que daña
el mar á aquel que se baña
sin vivir en casa propia?
¡Oh! lo que es en este punto...

ALB. Tu amor consecuencias saca...

MARIA. ¡Eh! Se alquila una barraca;
no hablemos mas del asunto.

ALB. ¡Son tan incómodas!

MARIA. Cierto,
pero yo de eso me rio.
Comodidades no ansío
para ser feliz, Alberto.

ALB. Eres un ángel, Maria,
y mi cariño profundo...

MARIA. En él solamente fundo
mi ventura y alegría.

ESCENA VI.

DICHOS, ELVIRA.

ELVIRA. (Saliendo por la primera puerta de la derecha.)
¿Os estorbo?

ALB. Tú, estorbar!...

¿Cuándo lo has hecho, mujer?

ELVIRA. No, pero podia ser...

- ¿Sabeis si ha vuelto Gaspar?
- MARIA. Yo no le he visto.
- ALB. ¿Su ausencia
ya tu enojo ha provocado?...
- ELVIRA. Bah! Me tiene sin cuidado.
(Dirígese al velador de la derecha y se pone á
bordar.)
- ALB. No temas; está en la Audiencia.
Hace poco le dejé
y á tus pies vendrá al momento...
- ELVIRA. Que te burles no consiento!
- ALB. Disimula.
- ELVIRA. No hay de qué.
- MARIA. ¿Qué es eso! ¿Vas á bordar? (Con intencion.)
- ELVIRA. ¡Un cuello!
(Con tono brusco y enseñando el bordado á Maria.)
- MARIA. No te sulfures.
- ELVIRA. Es porque no te figures
que me ocupo de Gaspar.
- ALB. (¡Qué genio!)
- MARIA. No, yo no digo...
Ten calma.
(Dirigiéndose á la segunda puerta de la derecha.)
- ALB. (Á Maria.) Te vas?...
- MARIA. Á ver
por adentro...
- ELVIRA. (¡Qué mujer!)
- ALB. Pues yo tambien voy contigo.
(Váse con Maria por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

ELVIRA.

Pues señor, tendré paciencia:
¡es lo mejor!... ¡Sangre fria!
Y el muy ingrato decia
que no iba mas que á la Audiencia!
Si; ¿pero quién pone tasa
á sus pasos? ¡Vano alarde!
Para el hombre nunca es tarde
cuando ha de volver á casa.

Habrá visto á algun amigo
en la calle, y si es paisano,
¡vaya! estarán mano á mano
charla que charla!... ¡Pues digo!

ESCENA VIII.

ELVIRA, GASPAS.

~~///~~ GASPAS. (¡No hay en el mundo justicia!)
(Saliendo por el fondo, derecha muy incomodado.)

ELVIRA. (Ya está aqui! ¡Tengamos calma!)

GASPAS. ¡Y con costas!... ¡Vive Dios!...

Lo repito, es una infamia!

Hay para pegarse un tiro

y levantarse la tapa!...

(Pero ¡calle! Está aqui Elvira!)

¿Sabe usted lo que me pasa?

ELVIRA. No, señor.

GASPAS. Pues sepa usted
que estoy trinando de rabia.

ELVIRA. ¿Viene usted tarde y con daño?...

¡Pues eso solo faltaba!

GASPAS. Señora, no con su enojo
empeore usted la causa...

ELVIRA. ¿Qué causa ni qué... ocho cuartos?...

GASPAS. ¡Tiene usted un genio!... (¡Caramba!)

ELVIRA. Mucho mejor que el de usted.

GASPAS. Mal por las muestras se saca.

ELVIRA. ¿Pues qué hubiera usted querido?

¿Por ventura, usted esperaba

que saliera á recibirle

de rodillas y con palmas?

GASPAS. Lo que yo hubiera querido
y agradecido en el alma
es que, al verme usted enojado

y furioso entrar en casa,

tratase de averiguar

de mis disgustos la causa

para endulzarlos despues

con amorosas palabars.

ELVIRA. ¡Pues no es mala la mision

que su orgullo me guardaba!

GASPAR. Mision que hallaria dulce,
si usted, Elvira, me amara.

ELVIRA. ¡Eso es!... ¡La cancion de siempre!...
¡Qué ingratitud!

GASPAR. ¡Tambien lágrimas!

ELVIRA. En no haciendo la mujer
cuanto á los hombres dá gana,
con su lógica especial
de poco amante la tachan.

GASPAR. (¡Cuánto apostamos á que aun
me toca á mí consolarla!)

ELVIRA. ¡Mas la culpa es de nosotras,
que cada dia mas blandas!...

GASPAR. Vamos, Elvira, por Dios,
yo retiro mis palabras
y le pido mil perdones.

ELVIRA. ¿Y usted piensa que eso basta
á cicatrizar la herida
que usted me ha abierto en el alma?

GASPAR. Conozco que ha sido fuerte
la expresion, mas no infundada.

ELVIRA. ¿Pues se vá usted enmendando!

GASPAR. ¿Y qué quiere usted que haga
cuando estoy viendo que usted
ni se enmienda ni se ablanda?

ELVIRA. ¡Mas de qué me he de enmendar?

GASPAR. De una indisculpable falta.
Usted, Elvira, se olvida
de que una pena me mata,
de que tengo yo un disgusto
muy atroz... enorme! ¡Nada!
¡Pregúnteme usted, señora,
al menos lo que me pasa! (Desesperado.)

ELVIRA. ¿Y para qué? (Con frialdad.)

GASPAR. (¡Pues me gusta!)

ELVIRA. El tiempo todo lo calma.

GASPAR. Y yo que vine volando
pensando que usted, humana,
endulzar procuraria
mis fieras, mortales ansias!...

ELVIRA. De fijo, no las tuviera

si se hubiera estado en casa.

GASPAR. Lo mismo.

ELVIRA. ¡Qué disparate!

GASPAR. Mas si usted no está enterada...

¡si todo lo ignora usted!

ELVIRA. Ni saberlo me hace falta.

CASPAR. ¡Si es que yo he perdido el pleito!

ELVIRA. No siempre un pleito se gana.

GASPAR. ¡Y ademas me han condenado

á pagar las costas!

ELVIRA. Vaya,

no tendria usted razon.

GASPAR. Vamos, siquiera por lástima,

diga usted que la sentencia

es muy injusta, ¡caramba!

Deme usted algun consuelo

y no, cruel, se complazca

en apretar el cordel

que me oprime la garganta!

ELVIRA. ¿Acaso yo se lo he puesto?

GASPAR. ¡Eh! ¡Vamos, esto ya pasa!...

ELVIRA. Á fé que, si la sentencia

no hubiera sido contraria,

con sus amigos se habria

ido usted á celebrarla;

mas como no fué esto asi,

se vino con la esperanza

muy noble... ¡pues! ¿Quién lo duda?

de que yo le consolara.

GASPAR. No haga usted suposiciones,

Elvira, que me rebajan.

ELVIRA. ¿Yo? No, porque las mujeres,

es claro, estan obligadas

á endulzar las amarguras

y las penas que se fraguan

ustedes, y á sonreirles,

y á sufrir sus malas caras.

¡Lo mismo, ni mas ni menos,

que si fuéramos esclavas!

GASPAR. ¿Quién ha dicho?... ¡justé exagera!

ELVIRA. Yo nunca exagero nada.

GASPAR. ¡Si, señora!

ELVIRA. ¡No, señor!!
GASPAR. Si usted lo reflexionara!...
ELVIRA. Lo mejor será que demos
la cuestion por terminada.
GASPAR. Al contrario.
ELVIRA. ¡Que no, digo!
GASPAR. Pero es que...
ELVIRA. ¡Ni una palabra!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALBERTO y MARIA.

MARIA. ¡Qué voces!
ALB. Vaya, ¿tenemos
otra vez la gresca armada?
MARIA. (Á Elvira.)
¿Qué ha sucedido?
ELVIRA. No sé.
MARIA. Mas...
ELVIRA. Déjame en paz, hermana.
ALB. (Á Gaspar.)
Pero, chico, ¿qué le has hecho
que la tienes tan uraña?
GASPAR. (Á Alberto.)
Pregunta qué me ha hecho á mí
y es lo mas derecho.
ALB. ¡Calla!
¡Es fuerza tomarlo á risa!
ELVIRA. Pues á mí no me hace gracia.
GASPAR. Ni á mí tampoco.
MARIA. ¡Es posible!
Vamos, ustedes se exaltan
quizá sin haber motivo.
ELVIRA. ¿Sin motivo?... ¡qué bobada!
GASPAR. ¡Los hay muy grandes!
ELVIRA. ¡Enormes!
MARIA. No niego yo que los haya;
mas no es propio de personas
que de prudentes se jactan...
ELVIRA. Maria, de mi prudencia
aun no ha habido quien dudara.

- GASPAR.** Ni de la mia tampoco,
pues la tengo acreditada.
- MARIA.** Si ella no la pone en duda.
- GASPAR.** Es por si acaso.
- ALB.** Ten calma.
- ELVIRA.** Mas conste...
- MARIA.** Conste que ustedes
ya de prudentes se pasan.
- ELVIRA.** Poco á poco, que en prudencia
á mí Gaspar no me gana.
- GASPAR.** Ni usted en tenerla tampoco
á mí, Elvira, me aventaja.
- MARIA.** (Á Alberto.) Es preciso contentarles;
si no, acabará esto á malas.
- ELVIRA.** (Á Gaspar.)
¿No fué usted quien provocó?...
- GASPAR.** ¡Fué usted! (Á Elvira.)
- ELVIRA.** ¡Qué calumnia!
- GASPAR.** ¡Vaya!
- MARIA.** (Á Alberto.) Tú dá la razon á Elvira.
- ALB.** (Á Maria.)
Convenido. Es buena táctica.
- MARIA.** Señores, sucede á veces
que una inocente palabra,
proferida sin objeto
de que lastime y esparza
la discordia entre personas
que se quieren con el alma,
se interpreta de otro modo,
la imaginacion exalta
de quien no la comprendió,
y de sus labios arranca
frases poco convenientes
que su corazon rechaza.
- GASPAR.** Es verdad.
- ELVIRA.** ¿Y usted confiesa?
- GASPAR.** Yo no confieso.
- ALB.** ¡Pues calla!...
- MARIA.** En este caso, no debe
quien pronunció la palabra
considerarse ofendido:
por el contrario, con calma,

debe dar explicaciones;
pero explicaciones francas,
y deponer su amor propio
que á la razon avasalla.
Usted no debe dudar (Á Gaspar.)
de que le quiere mi hermana.

GASPAR. No, señora; no lo dudo.

ELVIRA. ¡Si yo tanto no le amara!...

MARIA. Ella estaria impaciente
sin duda por su tardanza;
vino usted y le diria
tal vez alguna palabra,
sin intencion, por supuesto,
de ofenderla...

GASPAR. ¡Qué bobada!
No, señora: ella empezó...

ELVIRA. ¡Fué usted! (Á Gaspar.)

GASPAR. ¡Yo!

ALB. ¡Vamos!

MARIA. ¡Cachaza!

ALB. No hay remedio, chico; estan
contra tí las circunstancias.

GASPAR. ¡Contra mí!

ALB. Pues... ¿Quién lo duda?

GASPAR. (¡Esto solo me faltaba!)

ALB. Sin respetos al dolor
que tu ausencia ocasionaba,
llegarias muy contento...

ELVIRA. ¡Cá! ¡Si traia una cara
que parecia una fiera!...

ALB. ¡Una fiera! Nada, nada;
disculpo la indignacion
de Elvira.

GASPAR. ¡Por Santa Bárbara!
¿Pero usted no vé?... (Á Maria.)

MARIA. Yo veo
que usted de todo es la causa,
y que ha hecho lo que debia
en indignarse mi hermana.

GASPAR. ¡Esto mas!

ELVIRA. ¡Anda, me alegro!

ALB. Tú has cometido una falta. (Á Gaspar.)

- GASPAR.** ¡Una falta!
- ALB.** Imperdonable.
¡Venirse con una cara!...
- ELVIRA.** ¡Oh! Y Alberto es imparcial...
y tambien Maria ¡vaya!
- GASPAR.** ¡Mas, señores!...
- ALB.** Es inútil
que digas ya una palabra:
tienes el pleito perdido.
- GASPAR.** Y con costas, por desgracia;
y por eso, y con razon,
de mal humor volví á casa.
- ALB.** ¡Qué dices!
- MARIA.** ¡Será posible!
- ELVIRA.** Mas volvió con la esperanza,
con la vana pretension
de que yo le consolara.
- ALB.** De que tú le... (¡Razon tiene!
¡Es una pretension vana!)
- ELVIRA.** Y la tomó tan á pechos...
- ALB.** (¡Pobre Gaspar!)
- MARIA.** (¡Me dá lástima!)
- ELVIRA.** Que, porque no le hice caso,
me llamó cruel, inhumana...
y hasta tuvo la osadía
de decir que no le amaba.
(Se sienta junto al velador de la derecha.)
- MARIA.** (Á Gaspar.)
¡Pero es posible que usted!...
- ALB.** (Á Gaspar.)
Yo de tí no lo esperaba.
- GASPAR.** Pues señor, ya voy creyendo
que ha sido mia la falta.
- MARIA.** Suya fué; mas, por fortuna,
aun puede usted remediarla,
porque Elvira está dispuesta...
si usted perdon le demanda...
- GASPAR.** (Pues me gusta!)
- ELVIRA.** Á demostrarle
que no soy muy inhumana.
- GASPAR.** Pero es preciso, señores...
- ALB.** Nada, chico; ¡pecho a! agua!

Empieza el yo pecador
y verás como se zanja...

MARIA. Es lo mejor, don Gaspar.

GASPAR. Ya que ustedes me lo mandan...

(Dirigiéndose á Elvira.)

ELVIRA. (¡Ya viene!)

GASPAR. (¡Paciencia!) Elvira,

contrito llego á sus plantas

á demandarle me otorgue

perdon por todas mis faltas.

¿Será usted tan razonable
que me conceda esta gracia?...

¿Será usted tan generosa?...

ELVIRA. ¡Yo!... Si usted me dá palabra

de no disgustarme mas...

GASPAR. La doy.

ELVIRA. Pues eso me basta

y le perdono. (Alarga su mano á Gaspar.)

MARIA. ¡Bien! ¡Bravo!

ALB. ¡Magnífico!

GASPAR. (Tratando de besar la mano á Elvira.)

¡Gracias! ¡Gracias!

ELVIRA. (Retirando la mano.)

Pero ¿qué vá usted á hacer?

GASPAR. Á besar la mano, ¡vaya!

pues estaria gracioso

que suprimir intentara...

ELVIRA. Mas...

GASPAR. Sin este requisito,

si, la confesion no es válida.

ALB. Dice bien.

ELVIRA. ¡Ah! Pues entonces

yo lo que quiero es que valga.

(Alargando de nuevo la mano á Gaspar.)

GASPAR. ¡Ah! ¡Bendita! (Besando la mano.)

MARIA. Ahora, á enmendarse,

y con prudencia y con calma...

GASPAR. Ya verá usted como Elvira

no se queja...

ALB. Hasta mañana,

(Á Maria, que se ha sentado junto al velador de la izquierda y se ha puesto á devanar una madeja de

algodon sosteniéndola con sus rodillas.)
ó antes tal vez, que armarán
un caramillo por nada.

MARIA. Veremos. (Á Alberto.)

ALB. ¿Qué te propones?

Porque á mí no se me alcanza..

MARIA. Por lo pronto, que se calmen.

Despues ¿quién sabe?..

ALB. Mas ¡calla!

te estás sola incomodando
con esa madeja? ¡vaya!

(Sentándose al lado de Maria.)

Dámela y te ayudaré:

¡verás cuán pronto se acaba!..

MARIA. Esto no es para los hombres.

ALB. Pues ¡qué! ¿Mi torpeza es tanta?

MARIA. Si no lo digo por eso.

ALB. Pues ¿por qué?

MARIA. Porque no trata
de humillarte tu Maria
hasta el punto...

ALB. ¡Qué bobada!

(Tomando la madeja y sosteniéndola.)

MARIA. ¡Qué bueno cres!

ALB. ¡Me avergüenzas!

¿La tengo bien?

MARIA. Si tal.

ALB. ¡Anda!

Esto vá per el vapor,
chica, ¡qué aprisa devanas!

GASPAR. Ya verá usted como nunca

(Sacando la petaca y de ella un cigarro.)
trato mas de disgustarla.

ELVIRA. Que se cumpla es menester.

GASPAR. Cuando digo... (Enciende un fósforo.)

ELVIRA. ¡Pues me agrada!

¿Vá usted á probarme su enmienda
incurriendo en nuevas faltas?

GASPAR. ¡Qué dice usted!

(Encendiendo el cigarro con tranquilidad.)

ELVIRA. ¿Y el cigarro?

GASPAR. Mire usted, no me acordaba.

- ELVIRA. Pues tírelo usted.
- GASPAR. ¡Por vida!...
si usted me hiciera la gracia
de que diera nada mas
cuatro... ó cinco... ó seis chupadas!
- ELVIRA. ¡Cómo se entiende!...
- GASPAR. Tal vez
asi usted se acostumbrara...
- ELVIRA. Ya he dicho!...
- GASPAR. No fumaré.
(Tirando el cigarro con rabia.)
Y ahora ¿querrá usted que vaya,
solo un momento, á mi cuarto
á escribir algunas cartas?
- ELVIRA. ¿Á escribir? ¡Esa no cuela!
- GASPAR. ¡Elvira!
- ELVIRA. Usted no me engaña:
la escritura es un pretesto
para fumar á sus anchas.
- GASPAR. Para que esté usted tranquila,
le dejaré la petaca. (Dándosela á Elvira.)
- ELVIRA. (Devolviéndosela.)
Ni quiero que me la deje
ni que escriba.
- GASPAR. (Ya no hay calma!...)
Mire usted que aun no he avisado
á mi casa mi llegada...
Ni del pleito les he dicho...
- ELVIRA. Mas valiera que pensara
en tenerme esta madeja.
(Indicando la que habrá estado tratando de devanar
sola como Maria.)
- GASPAR. ¡Qué dice usted!
- ELVIRA. Apurada
me está usted viendo hace rato
sin que pueda devanarla,
y usted, nada, sin decirme...
- GASPAR. ¿Pero usted quiere?... (¡Caramba!)
De eso no debe ocuparse
un hombre que tiene barbas.
- ELVIRA. De eso usted se ocuparia,
si fuera como Dios manda.

Imite usted á su amigo.

GASPAR. Alberto tambien!

(Viendo con asombro que Alberto sostiene la madeja que devana Maria.)

ELVIRA. ¡Qué aguarda!

GASPAR. Ya, nada: voy á cumplir su voluntad soberana.

(Sentándose junto á Elvira y sosteniendo la madeja.)

MARIA. ¿Vamos á dejarlo, Alberto?

ALB. No, Maria.

MARIA. ¿Y si te cansas?

ALB. ¡Cansarme yo! No lo creas.

ELVIRA. No la tenga usted tan baja!

(Á Gaspar y levantándose los brazos que tenia muy caidos.)

¡Que la está usted enredando!

(Viendo que Gaspar levanta mucho los brazos.)

GASPAR. ¡Vamos! ¡Merezco una albarda!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, MARIA, GASPAS, ALBERTO.

Al levantarse el telon aparecen todos en la misma posicion en que quedaron al finalizar el acto segundo.

MARIA. ¿Conque, Alberto, lo dejamos?

ALB. ¡Mujer, si no quedan mas que ocho ó diez hebras!

MARIA. Mas temo

que te fatigue el estar tanto tiempo de ese modo.

ALB. Cinco minutos hará...

MARIA. ¡Y tambien un cuarto de hora!

ALB. ¡Cómo exageras!

GASPAS. ¡Ay! ¡Ay!

(Despues de levantarle Elvira los brazos, que tendrá apoyados en las rodillas.)

ELVIRA. Si no se está usted mas quieto nunca vamos á acabar.

GASPAS. Elvira, si es que me canso de estar en cruz: hace ya dos horas que asi me tiene

- y... vamos, no puedo mas.
- ELVIRA. Se le hace á usted muy pesado el tiempo.
- GASPAR. ¿El tiempo? No tal.
Es la posicion, Elvira,
lo que no puedo aguantar.
Quisiera ver á Magilton
ó á los artistas de Price ¹
haciendo estos equilibrios.
- ELVIRA. No habrán osado quizá
intentarlos, porque ofrecen
una gran dificultad.
- GASPAR. Por mi parte, si los hacen,
voy, les aplaudo á rabiarse,
y les echo...
- ELVIRA. ¿Una corona?
- GASPAR. No, por cierto.
- ELVIRA. ¿Ramos?
- GASPAR. ¡Cál!
- ELVIRA. ¿Pues qué entonces?
- GASPAR. Una palma.
- ELVIRA. ¿La del martirio?
- GASPAR. ¡Cabal!
¡Este ejercicio es atroz!
Concibo se puedan dar
sesenta saltos mortales
y hacer el orangutan;
pero estar así un minuto
¡es obra de Barrabás!
¡Si viera usted qué dolores
y qué agujetas!
- ELVIRA. ¡Bah! ¡Bah!
- MARIA. ¡Eh! Se acabó la tarea
(Concluyendo de devanar la madeja.)
y ya enterarte podrás
de esa carta que trajeron
há poco.
- ALB. ¿De quién será?
(Tomando una que habrá encima del velador.)

1 Pronúciense Práís.

¡Y la letra es de mujer!

MARIA. ¡De mujer!

ALB. (Mostrando el sobre.) Mira.

MARIA. Es verdad.

¡Conque esas tenemos?

(Reconviniendo á Alberto con cariño.)

ALB. Vamos.

¡Quieres, Maria, callar?

MARIA. Por mí, reparo no tengas;
con entera libertad
puedes verla.

ALB. Te equivocas;

pues te voy á suplicar
que me la leas. (Dándole la carta.)

MARIA. ¡Qué dices!

No, tonto, ¿piensas quizá
que sospecho?...

ALB. No; mas quiero...

MARIA. Hágase tu voluntad. (Abriendo la carta.)

¡Qué estoy viendo!...

ALB. ¡Qué! ¿Me anuncian

alguna desgracia?...

MARIA. ¡Bah!

La Condesa es quien te escribe.

ALB. ¡La Condesa!... ¿Á mí?

MARIA. Si tal.

Tu antigua y sincera amiga
que te muestra su pesar
por el reciente quebranto
que ha sufrido tu caudal
y te ofrece su fortuna.

ALB. Es una ganga.

MARIA. Además,
suponiendo que á tu lado
no has de tener quien sabrá
endulzar tu amarga pena,
te reitera su amistad
y te invita...

ALB. Muchas gracias.

MARIA. Tiene un alma angelical
y un corazon...

ALB. Muy sublime,

muy... generoso y capaz
de hacer feliz á cualquiera;
mas como yo lo soy ya,
sus ofertas y consuelos
para mi de sobra estan.

(Rompiendo la carta que le habrá dado Maria.)

MARIA. Perdona si dudar pude...

¡Oh! Cuán grande es tu bondad!...

ALB. Mi bondad es obra tuya,
obra tuya nada mas.

ESCENA II.

DICHOS, y el CRIADO, con una carta.

CRIADO. Señorito... (Á Gaspar.)

GASPAR. ¿Qué me quieres?

CRIADO. Únicamente entregar
á usted esta carta.

GASPAR. Á ver.

(Tomándola y disponiéndose á leer sin dejar la ma
deja.)

ELVIRA. Cuando acabemos podrá
enterarse usted mejor.

GASPAR. Pero...

ELVIRA. Que vá usted á enredar
la madeja.

GASPAR. Cuidaré

(Abriendo la carta sin soltar la madeja.)
de evitarlo.

ELVIRA. Usted, con tal

de evadirse de tenerla...

(¡De quién la carta será!...)

(Con mucha curiosidad.)

GASPAR. ¡Calla!... ¡Es de casa Samper!...

No me acordé de encargár...)

Di que dentro de un momento
me pasaré por allá.

(Al Criado, que se vá, y guardando la carta.)

ESCENA III. (Gaspar)

DICHOS, menos el CRIADO.

ELVIRA. ¿Escribe á usted algun amigo?

GASPAR. No.

ELVIRA. ¿Alguna amiga quizá?

GASPAR. Tampoco.

ELVIRA. ¿No? Pues la letra
es de mujer.

GASPAR. Pues no hay tal.

ELVIRA. Si tal.

GASPAR. ¡Cuando digo!...

ELVIRA. En vano
me oculta usted la verdad.

GASPAR. Yo no miento, y esta carta...

ELVIRA. ¿Me la quiere usted enseñar?

GASPAR. Despues.

ELVIRA. ¿Cuando haya usted vuelto
de la cita?

GASPAR. Si, cabal.

ELVIRA. Mas como á ella no irá usted.

GASPAR. No pienso, Elvira, faltar.

ELVIRA. Es que yo pienso oponerme
á que usted vaya y no irá.

GASPAR. ¡Lo veremos!

ELVIRA. ¡Lo veremos!

GASPAR. ¡Eh! ¡No puedo tolerar!
(Soltando la madeja y levantándose.)

ELVIRA. ¡Ni yo tampoco!

GASPAR. Con eso
no existe diversidad
de pareceres entre ambos.

ELVIRA. El primer caso será.

GASPAR. No tengo la culpa yo.

ELVIRA. La tendré yo.

GASPAR. A no dudar.

ELVIRA. Si usted fuera mas amable...

GASPAR. ¡Y si usted no fuera tan!...

ELVIRA. Vamos, tan... ¿qué?... ¡Acabe usted!

GASPAR. ¡Tan!... ¡No lo digo!

ALB. (Que con Maria habrá estado observando á Elvira y Gaspar.)

¡Já! ¡já!

Por lo visto, os es difícil
vivir un minuto en paz.

ELVIRA. ¡Oh! ¿Con ese hombre?... ¡Imposible!
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

GASPAR. ¿Con esa mujer?... ¡Jamás!

MARIA. Voy á ver si yo consigo...
porque, si no, auguro mal...
(Vásc por donde se fué Elvira.)

ESCENA IV.

GASPAR, ALBERTO.

GASPAR. ¡Pues iba á hacer buen negocio!
Á Dios gracias, aun es tiempo
de... nada, estoy decidido.

ALB. Pero, hombre, ¿qué estás diciendo?

GASPAR. Ya lo sabrás.

ALB. ¿Á qué vienen
tan intempestivos gestos?

GASPAR. ¿Intempestivos, eh?

ALB. Claro.

Tranquilízate.

GASPAR. No puedo.

ALB. Mira que...

GASPAR. No me prediques,
pues predicas en desierto.

ALB. Pero, al menos, reflexiona...

GASPAR. Ya lo hice y estoy resuelto...

ALB. ¿Á qué, Gaspar?

GASPAR. Á marcharme
esta noche en el correo.

ALB. ¿Sin casarte?

GASPAR. ¡Dios me libre
de hacer ese desacierto!

ALB. Pero...

GASPAR. Chico, el matrimonio
es un manjar tan perverso,
que á mí se me ha indigestado

solamente con olerlo.

ALB. ¿Pues antes no me dijiste
que se cifraba tu anhelo
en ser esposo de Elvira?...

GASPAR. Si.

ALB. Y á no ser por mí...

GASPAR. Cierto.

Pero es que antes el amor
consiguió dejarme ciego,
y no es extraño dijera...
mas la verdad vino luego,
quitó el cendal de mis ojos
y me mostró con el dedo,
en vez del cielo sin nubes
que forjó mi pensamiento,
un infierno que me asusta
y del cual librarme quiero.
Si, renuncio desde ahora
á encontrar mi sol de invierno.

ALB. Vamos, tienes un carácter
tan original...

GASPAR. Tan bueno.

ALB. Salta una chispa, y tus ojos
en ella ven un incendio,
y gritas, sin que te ocurra
la idea de que, poniendo
el pié encima, quedaria
apagado todo el fuego.

GASPAR. En algunas ocasiones
hago mal, te lo concedo.
Mas vamos, que el matrimonio
es una chispa, lo menos
del tamaño del Vesubio,
que inspira mucho respeto.

ALB. Si yo te dije lo mismo!
Acuérdate.

GASPAR. Ya me acuerdo.

ALB. Pero esa chispa tan grande,
que te infunde tanto miedo,
fácilmente se domina.

GASPAR. Con los pies, esto es, huyendo.

ALB. Con fé, prudencia, y cariño.

GASPAR. Mas seguro es mi remedio.

ALB. Huir de un mal, no es curarle.

GASPAR. Si yo no aspiro á ser médico.

ALB. Ya, si tú no amas á Elvira...

GASPAR. Mi amor por ella es inmenso.

¡Ojalá que...

ALB. Pues entonces,

si hay cariño verdadero,

solo fé y prudencia faltan

para que el temido infierno,

que supones que te espera,

quede convertido en cielo.

GASPAR. Mas...

ALB. No lo dudes, aun puedes

encontrar tu sol de invierno.

GASPAR. Pero, hombre, si en ocasiones

soy mas prudente que un muerto!

ALB. Eso no basta: es preciso

que siempre procures serlo.

GASPAR. Si, pero sabes que Elvira...

ALB. No lo es jamás, ¿eh? ¿No es cierto?

GASPAR. Justo.

ALB. Mas lo será al cabo

si tú le das el ejemplo.

La mujer es un ser débil

con quien los hombres debe mos

tener muchas atenciones

y galantes miramientos.

GASPAR. Pero es un ser que no es débil

en acumular defectos.

ALB. Que nos toca corregir

con dulzura y mucho tiento,

y sin que entienda, Gaspar,

que la echamos de maestros.

GASPAR. Todo inútil: la mujer

es incorregible.

ALB. Incrédulo.

GASPAR. Y luego ¿dónde hay paciencia

que resista?... Yo te ruego

que me digas lo que harías

si, al encender un veguero,

te dijera tu mujer:

- ¡Que no fumes! —
- ALB. Al momento el cigarro tiraría; y es probable que ella, al verlo, me rogara que fumase.
- GASPAR. Bien; supondremos el ruego: ¿y si fueras á salir y te pusiera ella el veto?
- ALB. No saldría y al instante me daría ella el sombrero.
- GASPAR. Hombre, ¿y si no te lo daba? ¿Y si perdías un pleito y con costas además, y te quitará el derecho de rabiar y estar te hiciera con los brazos... asi... abiertos... (Poniéndose en cruz.) sosteniendo una madeja? ¿Y si tuviera el empeño de enterarse de una carta que tú te hubieras propuesto que no viera? ¿Y si después te llenase de improperios?... ¡Vamos! ¿Qué harías? ¡Responde! Echarte en brazos corriendo de un tabardillo, imitando el sabio, aunque triste, ejemplo de tu cuñado.
- ALB. ¿Acabaste?
- ¿Puedo ya hablar?
- GASPAR. Si.
- ALB. Pues bueno; casi en igual situación que tú, me hallé hace un momento; ¡pero obtuve resultados tan felices!...
- GASPAR. No lo entiendo.
- ALB. Mi mujer...
- GASPAR. No me hables de ella: ¡Pues me tiene satisfecho! Pero, al fin, mujer y... basta!
- ALB. ¿Ya no admiras su talento

- ni su bondad?
- GASPAR. ¡Disparate!
Cuando estaba yo sufriendo
las injusticias de Elvira,
ha tenido atrevimiento
para darle la razon,
y obligarme...
- ALB. ¡Majadero!
¡Que siempre hayas de juzgar
de ese modo los sucesos!
Maria condena á Elvira;
mas, conociendo su genio,
á ella le dió la razon
como se le dá á un muñeco
que llora, chilla y pateo,
para dejarle contento
y preparado á apreciar
algunos sabios consejos.
- GASPAR. ¿De veras?
- ALB. Tal vez, Maria
se encuentra en ese aposento
haciendo ver á su hermana
sus imprudencias y yerros.
- GASPAR. ¡Y yo la estaba culpando!
- ALB. Mi mujer no tiene precio.
Antes que tú volví á casa
agobiado con el peso
de un gran disgusto.
- GASPAR. ¡Qué dices!
¿Tambien perdiste algun pleito?
- ALB. Doce mil duros perdí
en la Bolsa.
- GASPAR. Por supuesto,
¿vendrias dado al demonio?
¿Muy furioso?
- ALB. No, por cierto.
- GASPAR. Pues ¿cómo?
- ALB. Vine tratando
de aparecer muy sereno
para evitar que Maria
se enterara del suceso
y tambien se disgustase;

pero inútil fué mi intento.
Conoció que yo sufría,
exigióme con empeño
que le dijera el motivo
de mi pena, y al saberlo,
me hizo tales reflexiones,
encontré tanto consuelo,
tanto encanto en sus palabras,
Gaspar, que no pude menos
de bendecirla mil veces
y olvidar mi contratiempo.

GASPAR. También Elvira logró
hacerme olvidar el pleito;
pero no con reflexiones
ni palabras de consuelo,
sino á fuerza de imprudencias
y disgustos mas tremendos.
¡Vaya un carácter que tiene!
Y despues... ¡cuando me acuerdo
de su empeño en ver la carta!...

ALB. ¿Qué carta?...

GASPAR. Una que me dieron
hace poco, y porque yo
no se la enseñé, se ha puesto
hecha una furia.

ALB. Pues mira,
tambien á mí me trajeron
una carta sospechosa.

GASPAR. ¡Sospechosa! ¡Cómo es eso?...

ALB. De la Condesa.

GASPAR. ¿De aquella
jovencita de ojos negros
por quien tanto suspirabas?

ALB. Por quien hice tanto el necio.

GASPAR. Cuenta, ¿y qué fué de la epístola?

ALB. La vió mi mujer.

GASPAR. ¡Qué aprieto!

ALB. Conocí que comenzaban
á atormentarla los celos;
mas como soy un marido
que no piensa en devaneos,
ni trata de aventurar

por un capricho el sosiego,
se la entregué, y no dudó
de lo mucho que la quiero.
Entrega la tuya á Elvira.

GASPAR. ¡Imposible!

ALB. ¿En trapicheos
andas aun?

GASPAR. ¡Cá! Si la carta

es de Samper el platero.

Fuí esta mañana á su tienda

á comprar un aderezo

para Elvira, pero quise

que grabaran en el centro

sus iniciales unidas

á las mias, y sabiendo

que me urgía en gran manera,

me dice que ya está hecho

lo que he encargado, y que pase

cuando guste á recogerlo.

Toma, entérate si quieres

y verás cómo no miento.

(Dando á Alberto la carta.)

ALB. ¿Y por qué no se la das

á Elvira?

(Después de haber leído la carta y devolviéndola á

Gaspar.)

GASPAR. Porque con eso

no habria después sorpresa.

ALB. ¿Y á ese placer tan pequeño,

no es preferible la paz?

GASPAR. Lo será; mas yo me entiendo.

ALB. Eso no es una razón.

En fin, chico, yo te dejo:

medita bien el asunto.

GASPAR. Está meditado, Alberto.

ALB. Cariño, prudencia y fé. (Váse por el fondo.)

GASPAR. Un billete en el correo.

ESCENA V.

GASPAR. Es lo mas recto y sencillo:
pero... ¿podré resolverme?...
Si, que no quiero exponerme
á morir de un tabardillo.

ESCENA VI.

DICHO y MARIA.

MARIA. ¿Qué hace usted tan solitario?

GASPAR. Estaba... aqui... entretenido...

MARIA. Sentiria haber venido
á incomodarle.

GASPAR. Al contrario,
porque ansiaba una ocasion
de ver á usted.

MARIA. Don Gaspar,
¿para qué?

GASPAR. En primer lugar,
para pedirle perdon.

MARIA. ¿Perdon! ¿Á mí?

GASPAR. Sí, por cierto.

MARIA. ¿Me ha hecho usted alguna ofensa?

GASPAR. Si, señora.

MARIA. ¿Usted!

GASPAR. Inmensa.

Que se lo diga á usted Alberto.

MARIA. Dígamelo usted y asi
podré absolverle mas pronto.

GASPAR. Pues bien, sepa que fuí un tonto,
(que tuve ojos y no ví)

que, porque defendió usted
á su hermana en contra mia,

sin saber lo que me hacía;
de su criterio dudé,

y aunque evitó la querrela
cediendo á Elvira el laurel,

me pareció usted tan cruel
y tan injusta como ella:
pero Alberto me ha explicado
la verdad de lo ocurrido,
y aquí estoy arrepentido
de mi culpa...

MARIA. Y perdonado.

(Tendiendo la mano á Gaspar.)

GASPAR. ¡Qué nobleza!

(Estrechando la mano de Maria.)

MARIA. En la apariencia:

pues detrás de mi perdon
vá una séria reprension.
á guisa de penitencia.

GASPAR. Ya resignado la escucho.

MARIA. Mi hermana es algo vehemente.

GASPAR. Diga usted muy exigente.

MARIA. Pero le quiere á usted mucho,
y ahora está muy enojada
con usted.

GASPAR. Es caso raro.

MARIA. Si, por cierto, pues reparo
que no es su queja infundada.

GASPAR. Eso por ver estará.

(Elvira aparece en la puerta del primer término de
la derecha.)

MARIA. Tiene celos.

GASPAR. ¿Y por qué?

MARIA. Porque no le enseña usted
cierta carta...

GASPAR. ¡Voto vá!...

Señora, vá usted á ser juez
en esta grave cuestion:
verá como la razon
tambien es mia esta vez.

(Dándole la carta que le trajo el criado.)

MARIA. ¡Qué veo! Elvira es cruel.

(Examinando la carta.)

¡De su cariño dudaba
cuando usted, Gaspar, trataba
de darle una prueba de él!

ELVIRA. (¡Qué escucho! ¡Será verdad!) (En la puerta.)

GASPAR. ¿Qué tal?

(Guardando la carta que le habrá devuelto Maria.)

MARIA. De su parte estoy.

GASPAR. ¿Dudar de mí cuando soy
la misma fidelidad!

No obstante, aunque me propase,
y usted, señora, se asombre,
á Elvira diga en mi nombre
que piense, cuando se case,
que el hombre, con sed ansiosa,
busca alegría en su casa,
que en ella su dicha basa
y la dicha de su esposa.

Y que, para esta, ha de ser
mas grato darle alegría
que no mirar que se hastía,
que se harta de padecer,
que al fin su razon se exalta,
y, para acallar su pena,
corre á buscar en la ajena
lo que en su casa le falta.

MARIA. Es muy cierto.

GASPAR. Ya lo creo.

Pero, en fin, ¿qué se ha de hacer?...

Todo se empezó á torcer...

ELVIRA. (En la puerta.) ¡Cuán injusta fuí! ¡Lo veo!

GASPAR. ¿Me manda usted algo?

MARIA. Nada.

GASPAR. Pues permita me despida...

MARIA. ¡Pues qué! ¿Se vá usted?

GASPAR. En seguida.

MARIA. ¿Y adónde bueno?

GASPAR. Á Granada.

(Elvira contiene una exclamacion de sorpresa.)

MARIA. Yo hubiera dicho, á fé mia,
que usted se marchaba ahora
mas cerca.

GASPAR. ¿Adónde, señora?

MARIA. ¿Adónde? Á la Vicaria.

GASPAR. Pues es el viaje mas largo.

MARIA. Yo lo siento.

GASPAR. Yo tambien.

- ¡Me encontraba aquí tan bien!...
- MARIA. Si, señor: ya me hago cargo.
Mas supongo no se irá
sin despedirse primero
de Elvira.
- GASPAR. No trato... pero
si anda ocupada...
- MARIA. (Presentando á Elvira.) Aquí está.
- GASPAR. ¡Ah! (¡Yo no sé lo que siento!
¡Verla así... tan de improviso!...)
- MARIA. Don Gaspar, con su permiso
voy á salir un momento.
Se marcha. (Ap. á Elvira.)
- ELVIRA. (Ap. á Maria.) No importa.
- MARIA. (Ap. á Elvira.) Iré
á buscar lo convenido.
Haz lo que me has prometido
y vencerás.
- ELVIRA. (Ap. á Maria.) Venceré.
(Váse Maria por el fondo.)

ESCENA VII.

GASPAR, ELVIRA.

- GASPAR. (Vamos, y ¿cómo le digo?...)
- ELVIRA. ¿Por qué está usted tan callado?
(Con dulzura.)
- GASPAR. Elvira, es que...
- ELVIRA. ¿Se ha enfadado
usted acaso conmigo?
(Acercándose á Gaspar con humildad.)
- GASPAR. ¡Enfadarme yo! ¿Y por qué? (Alejándose.)
- ELVIRA. ¿Quién sabe? Sucede á veces...
Sin querer... (Sentándose á la derecha.)
- GASPAR. ¡Ridiculeces!
- ELVIRA. Pero no esté usted de pie.
- GASPAR. ¡Ya! Usted quiere...
- ELVIRA. Lo decia
porque estará usted mejor
sentado que...
- GASPAR. (Pues señor, (Con desconfianza.)

te veo, mas no hay tu tia.)

(Sentándose al otro extremo del que ocupa Elvira.)

Ya me tiene usted sentado.

ELVIRA. ¡Pero á tan larga distancia!

GASPAR. Mas cerca. (Aproximándose un poco.)

ELVIRA. ¡Qué extravagancia!

Véngase usted á mi lado.

¿Ó es que me teme?

GASPAR. ¿Yo? ¡Cá!

(Sentándose al lado de Elvira.)

(¡Tendré el corazon de acero!)

ELVIRA. ¿Sabe usted por qué le quiero

junto á mí?

GASPAR. Usted dirá.

ELVIRA. Porque voy á hacerle un cargo
y á reconvenirle.

GASPAR. ¿Á mí?

Dígalo usted. (¡Ahora si
que me enfurezco y me largo!)

ELVIRA. Yo le ruego no se altere,
porque he resuelto evitar
que de mis quejas, Gaspar,
ningun extraño se entere.

GASPAR. ¡Sublime resolucion!

Pero ¿tiene usted de mí
queja alguna, Elvira?

ELVIRA. Si.

GASPAR. Mas yo no he dado ocasion...

¡Los cielos me son testigos!...

ELVIRA. Usted verá.

GASPAR. ¡Lo veremos!

ELVIRA. Yo le suplico que hablemos
como dos buenos amigos.

GASPAR. (Esta mujer nó es lá de antes.)

¿Conque... como amigos quiere?

ELVIRA. Ó bien, si usted lo prefiere,
como dos buenos amantes.

GASPAR. ¡Amantes!... ¿Y por qué no?

ELVIRA. Si usted primero confiesa
un pecado...

GASPAR. ¡Buena es esa!

ELVIRA. Y promete enmienda.

- GASPAR. ¡Yo!
Suplico á usted, buena amiga,
que señale ese pecado,
porque yo no lo he notado...
- ELVIRA. ¿Quiere usted que se lo diga?
- GASPAR. Hágame usted la merced.
Mi pecado ¿dónde está?
- ELVIRA. En usar conmigo ya
el tratamiento de usted.
(En tono de cariñosa reconvencion.)
- GASPAR. ¡Cómo! (¡Voto á Belcebú!)
yo... pues... la verdad... en esto...
(Sorprendido y confuso.)
- ELVIRA. Debía haberme propuesto
nos hablásemos de tú.
- GASPAR. ¿Conque usted?... ¡Qué digo! No.
¿Conque tú hubieras querido?...
- ELVIRA. Que se te hubiera ocurrido
lo que á mí se me ocurrió.
- GASPAR. ¡Que se te hubiera!... ¡Qué gusto!
- ELVIRA. Gaspar... (Con dulzura.)
- GASPAR. ¡Frase encantadora!
¡Pues no me parece ahora
que tú me quieres mas!
- ELVIRA. Justo.
Tambien, oyéndote, creo
que tu cariño creció.
- GASPAR. Y no te equivocas, no.
- ELVIRA. ¿No me engaña mi deseo?
- GASPAR. (Pero esta mujer... me admira
verla tan dulce!...) (Con desconfianza)
- ELVIRA. Gaspar,
¿qué tienes?
- GASPAR. (Me hace dudar...)
- ELVIRA. ¿Qué te pasa?
- GASPAR. Nada, Elvira.
¿Y ya no te queda, dí,
otra cosa que advertirme?
¿No tenias que reñirme?
- ELVIRA. Si tal.
- GASPAR. (¡Me alegro! Ahora si
que me voy á enfurecer,

y con esta me despido.)

¡Riñe! (Provocando á Elvira.)

ELVIRA. ¡Si ya te he reñido!

GASPAR. ¿No tienes que reprender
ninguna de mis acciones?

ELVIRA. No.

GASPAR. (¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!)

ELVIRA. Pero tengo una exigencia.

GASPAR. (Respiro!) ¿Qué te propones?

ELVIRA. Tú tenias una cita.

GASPAR. (¡Oh! ¡Magnífica ocasion!)

Si tal, y por cierto con
una hermosa señorita.

ELVIRA. ¿Conque hermosa?

(Con bondad y al mismo tiempo con celos)

GASPAR (Levantándose.) Si; muy bella.

Me dió una cita, y no quiero...

ELVIRA. Y yo te doy el sombrero
para que vayas á ella.

(Presentando á Gaspar su sombrero.)

GASPAR. Elvira... (¡Qué original!...)

¡Bah! ¡Todo esto es calculado!

ELVIRA. ¿Quizá tú habias pensado
que los celos?...

GASPAR. No, no tal.

ELVIRA. Yo me estimo en mas.

GASPAR. Lo doy

por supuesto.

ELVIRA. Bien, pues toma.

(Ofreciéndole el sombrero.)

GASPAR. Elvira, estás muy de broma.

ELVIRA. Te suplico que...

GASPAR. No voy. (Sentándose.)

ELVIRA. Debes ir, y creo injusto...

GASPAR. Pero...

ELVIRA. No hay que replicar.

GASPAR. Venga; mas ha de constar

(Levantándose y tomando el sombrero.)

que voy...

ELVIRA. Por darme á mí gusto.

GASPAR. Bueno. (Pues señor, yo creo
que ella trata... pero, nada,

partiremos á Granada
esta noche en el correo.
Voy á buscar el asiento.) (Marchándose.)

ELVIRA. ¿Mas te vas sin despedirte? (Deteniéndole.)

GASPAR. ¡Ah! Si. Olvidaba decirte
que doy la vuelta al momento.

ELVIRA. ¿Y nada mas?

GASPAR. Si, si tal.

Otra cosa yo tenia
que hacer, es verdad.

ELVIRA. Seria...

Darme la mano.

GASPAR. Cabal.

(Dando la mano á Elvira.)

¡Oh! ¡Vales un Potosí!...

(Pero eso de no fumar

y... ¡firme! ¡No hay que dudar!)

Adios.

ELVIRA. Que pienses en mí,
y no me hagas traicion.

GASPAR. ¿Yo?... ¡No!... mira, no sald ré...
Pero, ¡no! (¿Por qué tendré
tan poca resolucion?) (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

ELVIRA.

¡Se vá! Mas no convencido
de lo mucho que le quiero.

Maria tiene razon;

yo dí lugar, con mi genio,

á que de mí se cansase,

y en este instante preveo

que él teme que la prudencia,

que hizo brotar en mi pecho

el cariño, nace solo

de un culpable fingimiento.

¡Si Gaspar se convenciera!...

Pero imposible. Esperemos.

Lo que el corazon no logre

tal vez lo consiga el tiempo.

ESCENA IX.

DICHA, MARIA y ALBERTO. (Por el fondo.)

MARIA. (Á Alberto.) Todo saldrá, no lo dudes,
á medida del deseo.

ALB. ¡Si Gaspar está escamado!
En fin, allá lo veremos. (Á Maria.)

ELVIRA. ¿Hiciste mi encargo?
(Saliendo al encuentro de Maria.)

MARIA. (Dando á Elvira un estuche.) Toma.
Es de un efecto soberbio.

ELVIRA. ¡Haga el cielo que produzca
el que nos hemos propuesto!

MARIA. ¿Y por qué no?

ALB. ¡Cuando digo!...

MARIA. ¿No tienes fé? (Á Elvira.)

ELVIRA. Si la tengo;
pero he encontrado á Gaspar
tan... tan poco satisfecho...
tan caviloso...

MARIA. ¡Magnífico!

ELVIRA. ¿Tal vez piensas?...

MARIA. ¡Que ya es nuestro;
es decir, tuyo.

ALB. No olvides
que él estaba muy resuelto
á marcharse.

ELVIRA. Y que ha salido
quizá á buscar el asiento.

MARIA. Ú otra cosa... ¿quién sabe?
Gaspar es, ni mas ni menos,
un hombre.

ALB. Es claro, y los hombres
cuando nos enfurecemos...

MARIA. Ante una mirada, un mimo...
os quedais como corderos.

ALB. Á veces...

MARIA. Sucede siempre.

ELVIRA. ¡Mas pasos oigo!

ALB. En efecto.

- ELVIRA. Él será.
MARIA. (Á Elvira.) Que no desmayes:
tú vente conmigo, Alberto.
(Váse con Alberto por la segunda puerta de la derecha.)
ALB. Corriente.
ELVIRA. ¡Si venceré!
ALB. ¿En qué vendrá á parar esto?

ESCENA X.

ELVIRA, GASPAS.

- ELVIRA. (¡Ah! ¡Dios quiera que no sean inútiles mis esfuerzos!)
(Se sienta á la derecha y se pone á bordar en un pañuelo que habrá sacado del bolsillo.)
GASPAS. (¡Qué fatalidad! ¡No he hallado billetes en el correo y me tengo que quedar!... ¡Si será aviso del cielo!...)
ELVIRA. (No viene.)
GASPAS. (Reparando en Elvira.)
¡Calle! ¡Usted aquí!
Digo, tú...
ELVIRA. ¿Cómo tan presto de vuelta?
GASPAS. Verás, he estado...
ELVIRA. Si no trato de saberlo:
¿piensas tú que soy curiosa?
(¿De dónde vendrá?)
GASPAS. Bien, pero...
ELVIRA. Mira, Gaspar, no te empeñes...
GASPAS. Bueno, Elvira, no me empeño.
(¡Vamos, si fuera así siempre!... Y ¡cosa extraña! Ahora siento cierta tendencia á decirle adónde he estado y qué he hecho. ¡Si las mujeres supieran!...)
ELVIRA. (¡Oh! ¡Me mata su silencio!)
¿Decías algo?
GASPAS. ¿Yo? Nada.

- ELVIRA. Pues me pareció...
- GASPAR. Te veo
con tanto afán trabajando...
- ELVIRA. Estoy bordando un pañuelo.
- GASPAR. Á ver, á ver... ¡Muy bonito!
(Examinando el bordado.)
- ELVIRA. ¿Te gusta?
- GASPAR. ¡Vaya!
- ELVIRA. Me alegro,
porque has de saber, Gaspar,
que es para tí.
- GASPAR. ¡Será cierto!
(¡Pues! ¡Ahora yo debería
ofrecerle el aderezo!)
- ELVIRA. ¡Vale tan poco!
- GASPAR. No tal.
Para mí, es de mucho precio.
Lo bordan tus lindas manos
y en él veré yo un recuerdo...
de tu...
- ELVIRA. De mi amor.
- GASPAR. Cabal.
- ELVIRA. Mas tardaré tanto tiempo
en concluirlo, que quisiera
que aceptaras otro obsequio
entre tanto.
- GASPAR. ¡Otro regalo!
- ELVIRA. Aquí está.
(Sacando el estuche que le dió Maria.)
- GASPAR. (Vamos, observo
que trata de sobornarme.)
(Tomando el estuche.)
Pero, mujer, ¿y qué es ello?
- ELVIRA. Míralo.
- GASPAR. Con tu permiso,
(Abriendo el estuche, dentro del cual habrá una
petaca.)
porque estoy ansioso... ¡Cielos!
¡Oh, sorpresa! ¡Una petaca!
¡Yo estoy loco de contento!
- ELVIRA. ¿Con que tanto lo celebras?
- GASPAR. En este instante, mi pecho

- inundan la gratitud
y la admiracion á un tiempo.
- ELVIRA. Yo te suplico, Gaspar,
que la examines por dentro.
Pueden haberme engañado,
como yo de eso no entiendo...
- GASPAR. Si me hace temblar el gozo
y á abrirla, Elvira, no acierto.
(Abriendo la petaca, que estará llena de cigarros.)
¡Ajá! ¡Esto mas! ¡Con cigarros!
¡El regalo fué completo!
Y no tienen mala cara.
(Sacando un cigarro y examinándolo.)
- ELVIRA. Puedes juzgar de los hechos.
(Encendiendo un fósforo y presentándolo á Gaspar
que enciende con él el cigarro.)
- GASPAR. No quiero hacerte un desaire.
- ELVIRA. (¡Habré triunfado!)
- GASPAR. (Saboreando el cigarro.) ¡Soberbio!
¡Y yo que quise marcharme
esta noche en el correo!...
- ELVIRA. ¡Marcharte! ¿Y por qué?
- GASPAR. ¿Por qué?
porque soy un majadero.
- ELVIRA. No, Gaspar, yo fuí la causá
de tu decision.
- GASPAR. No debo
consentir que llevar trates
tu bondad hasta ese extremo.
- ELVIRA. Pero si yo...
- GASPAR. Convengamos
en que anduve muy ligero.
- ELVIRA. No, no puedo convenirlo
cuando conozco y confieso
que te dí, con mis rarezas,
na un motivo, sino ciento...
- GASPAR. No te apropiés tú la culpa
cuando toda es de mi genio.
Fuí intolerante.
- ELVIRA. Yo mas;
y, sin ningun fundamento,
te aburrí con exigencias

y con reproches violentos.

GASPAR. ¡Mas yo no debí aburrirme!

ELVIRA. ¿Quién ha dicho?

GASPAR. ¡Lo sostengo!

ELVIRA. La culpa es mia.

GASPAR. No, mia.

ELVIRA. ¡No tal!

GASPAR. ¡Si!

ELVIRA. ¡¡No!!

GASPAR. Vamos, bueno:

será de los dos la culpa:

pero toma este aderezo

(Dando un estuche á Elvira.)

y olvidemos lo pasado.

ELVIRA. ¡Oh! ¡Cuánto te lo agradezco!

¿Mas esta carta?...

(Mostrando una que habrá dentro del estuche y que debe ser la que Gaspar recibió en la escena.)

GASPAR. Es aquella

que tuviste tanto empeño

en ver.

ELVIRA. ¡Ah! (Leyéndola.)

GASPAR. La de la cita.

ELVIRA. De mí misma me avergüenzo!

GASPAR. Con enseñártela, habríamos
tenido un disgusto menos.

ELVIRA. Mas yo no debí pedírtela.

GASPAR. ¡Ni yo!... ¡Mas no recordemos!...

¡Vida nueva en adelante!

ELVIRA. ¡Vida nueva! Lo prometo;

pero supongo, Gaspar,

que no te irás...

GASPAR. Nos iremos

asi que el cura nos case,

y esto vá á ser al momento.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARIA y ALBERTO.

ALB. ¡Bravo! ¡Aprobado por mí!

GASPAR. ¡Calla! ¡Nos han sorprendido!

MARIA. ¿Con que ya está decidido?

ELVIRA. Hermana, gracias á tí.
Tú me hiciste conocer
el error en que vivia.

MARIA. Elvira...

ELVIRA. La tirania
no conviene á la mujer.

MARIA. Alcanza mas con dulzura.

GASPAR. ¡Cómo! ¿Pues tú?... (Á Elvira.)

ELVIRA. (Á Gaspar.) Yo te amaba,
mas el camino ignoraba
de labrar nuestra ventura.

GASPAR. ¿Y lo sabes ya?

ELVIRA. Muy bien.

GASPAR. ¿De veras?

ELVIRA. Y en adelante
por él siempre iré anhelante.

GASPAR. ¡Ah!

(Estrechando con efusion las manos á Elvira.)

MARIA. ¡Me alegre!

ALB. Yo tambien.

Porque Gaspar, no lo dudes, (Á Elvira.)
será un marido excelente,

(Gaspar confirma con la accion lo que va diciendo
Alberto.)

muy cariñoso, y prudente,
que apreciará tus virtudes,
y tus...

MARIA. En fin, un marido
muy digno de una mujer
dulce, amable...

(Elvira confirma tambien lo que dice Maria.)

GASPAR. ¡Qué placer!

ELVIRA. Y que no dará al olvido
que el hombre, con sed ansiosa,
busca alegría en su casa,
que en ella su dicha basa
y la dicha de su esposa;
y que, para esta, ha de ser
mas grato darle alegría
que no mirar que se hastia, }
que se harta de padecer,

que al fin su razon se exalta
y, para acallar su pena,
corre á buscar en la ajena
lo que en su casa le falta.

GASPAR. ¡No me engañas!

ELVIRA. ¡Te lo juro!

GASPAR. ¿Cómo pagarte podré?

ALB. Con amor, prudencia y fé.

GASPAR. ¡Oh, si, si!

ALB. Pues te aseguro
que gozarás de un eterno
y envidiable bienestar.

GASPAR. Viendo lucir en mi hogar...

MARIA. La paz...

GASPAR. (Mirando con amor á Elvira.)
Y mi sol de invierno..

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo
inconveniente en que su representacion sea auto-
rizada.*

Madrid 27 de febrero de 1860.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO.

EN TRES ACTOS.

Libertad en la cadena.

El sol de invierno.

El peor enemigo.

EN UN ACTO.

Consecuencias de un bofeton.

El dote de Maria.

Una tarde aprovechada ¹.

La pava trufada.

Adan y Eva.

¡Sin padre!

1 En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.

